Domingo Rodriguez Montaño
S. M.

EULOGIO C. CABRAL

C. Larrazábal Blanco
Sto. Domingo, R. D.

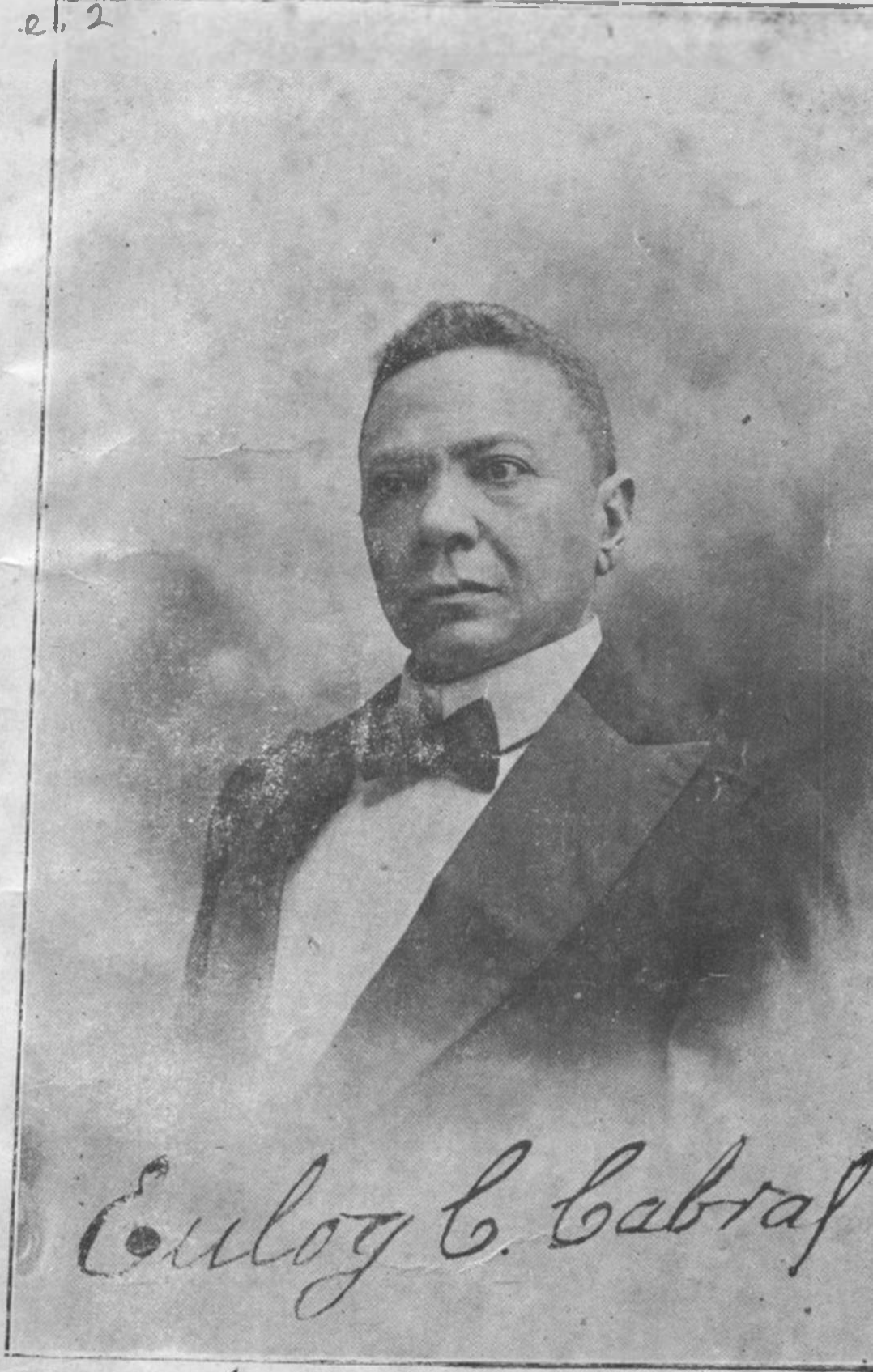
CACHIMBOLAS

TOMO PRIMERO.

Empresa "Renacimiento"
Santo Domingo, R. D.

1921.

BN
RD861.42
C117c
el. 2



015135

A LOS QUE ME LEAN

En mis tiempos, en Azua, mi pueblo natal, poco se aprendía fuera de las primeras letras, con lo que dejo acentado que me son desconocidas hasta las leyes más elementales de la Métrica.

Sin la dolorosa circunstancia que a seguido expongo, estas modestas producciones no habrían afrontado la mirada pública, convencido como estoy de sus ningunos merecimientos.

Atáxico hacen 4 años e inútil para las recias actividades de la vida, mis recursos se han ido consumiendo, aproximándose el día en que las necesidades puede que sean más penosas y crueles que la dolencia.

Este libro, pues, carece de pretenciones y solo tiene un anhelo. el que lo compren mis conocidos y las almas que encuentren satisfacciones en el bien, ayudándome así a sobrellevar la dolencia y no liquidar antes de tiempo.

Si logro ese fin, mi gratitud será con todos y la mirada benévola del Dios que dijo: *Ayudad a los enfermos.*

EULOGIO C. CABRAL.

A la memoria
de mis llorados padres
Ramón Cabral
-y-
Ana de Vargas,
como una siempreviva sobre
sus féretros.

A mi noble esposa

Ana Elisa Travieso,

Compañera inmejorable en los días prósperos

y en los adversos.

Prólogo.

Los dominicanos somos los propietarios de esta tierra; pero todavía no está terminado el proceso de aclimatación, de adecuación del hombre a esta tierra.

En realidad, fisiológicamente hay ya una raza dominicana, compenetrada con el suelo y la meteorología. Somos ya tierra de esta tierra, agua de esta agua, aire de este aire. Pero, aún no cultivamos un elemento psíquico que nos hace falta. Es indispensable volver la vista cariñosamente, apasionadamente, hacia nuestra propia tradición, para que no quede solución de continuidad en nuestro espíritu al través de las generaciones.

Un pueblo debe ser enterizo. Cada ge-

neración es una cuenta. Pero cada una de esas cuentas ha de estar unida a las otras por el hilo de la tradición.

Esa es el alma de los pueblos. Ese es el punto de partida para la evolución. No importa que esa tradición sea un monstruo o sea una ninfa. Lo único que interesa es que sea una manifestación de vitalidad, que esté en ella, vigoroso, el embrión del porvenir. El egoísmo constructivo del pueblo, en su perseverante amor propio, hará del monstruo un Adonis, o bien agregará a la dulce poesía de la ninfa los atributos de vigor y de energía que le falten.

La tradición es como un gran bloque de piedra. Sea fina y bella como mármol de Carrara, sea granito, sea ordinaria piedra caliza, contiene en potencia y en esencia la admirable obra de arte. Ahí está informe, burda. Pero el Tiempo da su acerado cincel al pueblo, y en centurias, en milenios—la Naturaleza no se impacienta ni se desboca,—queda tallada la arrogante estatua, convertida la extravagante materia prima de la tradición en la amable y admirable obra de arte de un presente radioso

y enorgullecedor. No hay que desesperarse por las contrariedades de la marcha. Se cae, pero se levanta y se reemprende la obra. La conquista haitiana fue, y desapareció. La anexión a España detuvo también la marcha, y ¿dónde está esa anexión?.....

Por eso estas narraciones legendarias, tradicionales, que en romance ha escrito Eulogio Cabral, son dignas de vivir en el corazón y en la memoria de los dominicanos. Llegan a tiempo. La adversidad nacional ha enterrado un jalón de los que, en la Historia, deslindan una época de las que le precedieron, y ese jalón separa nuestro pensamiento, nuestras costumbres pretéritas, de los pensamientos y de las costumbres que hemos de vivir en la República restaurada. Aquello, el pasado, no debe morir, porque si dejamos que sucumba, perderemos el punto de apoyo para la evolución. Reconstruyámoslo y conservémoslo a la vista para calcular y realizar las evoluciones necesarias.

Guardemos eso como el Doctor, hijo bueno de campesinos, reverencia la memoria de sus virtuosos aunque ignaros progenitores.—¡De ahí salí yo!—dice con orgullo el buen hijo que se ha refinado.

—

La desgracia es el lapidario de los hombres. Si la piedra no sirve, la reduce a polvo. Si intrínsecamente es buena, la talla, y cada una de las facetas despide un torrente de luz encantadora. Eulogio Cabral vivía casi sin objeto. Trabajaba y gastaba. Carecía de plan de vida, y parecía que iba a hundirse en la eterna sombra sin haber salido del círculo estrecho de la familia y los amigos.

Pero entró por las puertas de su hogar la desgracia y lo rindió en el lecho. Horas amargas. Su actividad, maniatada, se convirtió en el martirio de la inmovilidad. Entonces descubrió que tenía talento y comenzó la gimnasia intelectual, paralela con la incapacidad muscular. Escribió hoy un romance, después otro, más tarde le brotaban del cerebro como agua de una fuente, y al cabo de unos meses había producido un libro, y después otro y otro.

—

Este no es el *Romancero del Cid*, porque no es el poema de un gran hombre. Pero es el comienzo del *Romancero Dominicano*, ya que canta, en pintorescas anécdotas, en chistosos sucedidos, la vida atrabiliaria unas veces generosa otras, de este infortunado pueblo dominicano en su pretérita marcha al través de la existencia.

Este, que ha producido Cabral, es romancero eminentemente criollo, del verdadero criollismo, el psicólogico. Son almas dominicanas en acción. No simplemente fauna, flora y topografía dominicanas. Esto se conserva sólo sin necesidad de literaturas. Aquello es lo que hay que coleccionar y reconstruír, para que sea elemento de evolución. Reduzcamos, siquiera temporalmente, la producción *libresca* y hagamos libros nuestros, libros dominicanos por el asunto, por la finalidad y aún por la forma. Seamos nosotros mismos en nuestra literatura.

El pueblo dominicano debe hacer de este libro un éxito literario y editorial. De esa manera el Renacimiento dominicano adquiriría nuevos bríos, y a este libro sucederían otros li

bros criollos, hasta que, como en un enorme diagrama quede, en literatura, trazada toda el alma, toda la vida nacional del pasado.

Perdonemos, pero no olvidemos. La enseñanza del pasado y del presente es el consejero del porvenir.

Busquemos, en lo que ya dejó de ser, elementos de evolución, de reconstrucción, para lo que será.

José R. López.

CACHIMBOLAS

A UN VIVO

El volcán no está apagado
Aunque nieves lo coronan;
El rosal aun tiene savia
Por mas que el Invierno azota
Y las brisas inclementes
Han dispersado sus hojas;
En la fuente hay agua pura
Aunque rientes, juguetonas,
No aparezcan las ondinas
En el cristal de sus ondas;
En la selva hay ruiseñores,
Hay turpiales, hay alondras,
En el cielo luz de estrellas
Y en el alma mariposas.

DE CUERPO ENTERO

A Fabio Fiallo

Por mi padre soy Cabral
Y por mi madre, de Vargas.
Y así desciendo, sin mezcla,
De los que hicieron la Patria
Comiendo en Comendador,
En Cachimán y Las Matas,
En Neyba y por Petit Trou,
Mangos verdes y guanábanas.

Tan criollo soy y seré,
A mi edad ya no se cambia,
Que proclamo, con orgullo,
Llega mas hondo a mi alma
El son de una «mangulina»
Que el «Juan Estés» de mas fama.

Yo no quiero otra Bandera
Que la mía dominicana:
La que Duarte concibió
En sus patrióticas ansias;
La que sirvió de sudario
A Sánchez en hora trágica;
La del Conde y Capotillo,

Por la que peleó mi raza,
En Santomé, Las Carreras,
En Estrelleta y en Azua.
Confieso, tengo buen juicio,
Que la herencia sacrosanta
De nuestros padres y abuelos
Iba poniéndose flaca,
Por el buitre de la guerra
Que nos roía las entrañas.
Que con pasos de tortuga
Por el mundo no se marcha
En estos tiempos que vuelan
Los hombres mas que las águilas;
Que hay que sacudir la inercia
Y que trabajar sin máculas,
Abriendo Escuelas que bañen
Como bautismales aguas,
Tanta frente como abunda
De buena simiente falta.
¡Abominar para siempre
De los sables y las balas!
Y todo el empuje recio
De nuestras locas falacias,
Encaminarlo con fé
Y tesonera constancia,
Al progreso y á la paz,
Esas milagrosas lámparas
Que hacen grandes a los pueblos
Por «Chica» que sea su área.
Pero quiero esos prodigios
Con la Enseña de mi Patria,
Siempre al tope, sin mancillas,
Muy libre y muy soberana.

HOMBRADAS DEL TIEMPO VIEJO

A mi compadre Otilio Meléndez.

Pedro y Ramón, dos hermanos,
Dejaron un día su pueblo,
Y se fueron a vivir
A un campo cerca del Seybo
Eran unos mocetones
Unidos, bravos y recios,
Sobresaliendo en valor
El que se llamaba Pedro.
Ginete firme a caballo
Y siempre buscando pleitos,
Los golpes de su *Encabado*
Tan alta fama le dieron,
Que no había quien se atreviese
A toser ni mirar tuerto,
Cuando él en los *fandangos*
Bruscamente apareciendo,
Dejaba ver su semblante
Y su machete, siniestros.
Luchaba a brazo partido
Con los mas bravos becerros,
Se reía de aparecid os.
No le asustaban los muertos,
Y era, en fin, lo que llamaban
Un mozo de *pelo en pecho*,

Con *tabaco en la vejiga*
Para llenar un sombrero.
... .

Enamoróse, rendido,
Pedro de una mozetona
De las mejores del Pueblo
Como sencilla y hermosa,
Cuyos padres ademas
De *doblones* por arrobas,
Corrales plenos de reses
Y ricas *tierras* de sobra,
Eran, según *pergaminos*,
De la *nobleza* de nota
Que con Cristóbal Colón
Vino conquistando, heróica,
En una mano la *espada*
Y el *crucifijo* en la otra.
Los padres de la muchacha
Mirando con vista torva
Un amor que parecía
Un latigazo en la honra,
Pero temiendo a los puños
Del mancebo mas que al cólera.
Pensáron que lo mejor
Era casar a la moza
Con un primo medio viejo
De honestas ejecutorias,
Al que sobraban también,
Ganado, tierras y onzas.

¿Era feliz la muchacha
Con ese arreglo de boda?
Ay; no! Pero obedecía
Y aquí, compadre, la gorda.
.....

Sentados frente por frente
Después de varias preguntas,
Pedro y Ramón sus machetes
Desenvainan de las fundas,
Y los afilan de nuevo
Con una cara mas turbia
Que la mar cuando se encrespa
Pensando hacer de las suyas.

¿Qué pasa? pues que ha sabido
Pedro, de fuente segura,
Que casan a la muchacha
Esa noche, sin renuncia,
Con el primo acomodado
«Vamos a tener trifulca
—Dícele, Pedro a Ramón—
"Llegaremos a la una,
"Armamos un reperpero,
"Ponemos la sala a oscuras
"Y aprovechando veloz
"La confusión y la bulla,
"Echo mano de la hembra
"Y me la traigo a la grupa
"Pega duro y que no escape
"Sin chicotazos ni el Cura.»
Y montando sus corceles
De vieja raza andaluza,
Cojiéron rumbo del Pueblo
Con velocidad de furias,
Alumbrado su camino
Débilmente por la luna,
Que la desierta sabana
Cubría de formas confusas,
Con las almas en desórden
Como melenas de brujas.
.....

Llegaron como deseaban
Y desmontando muy cerca
De la casa de la boda
Exuberante de fiesta,
Con los sables en la mano
En la morada penetran.
Con algunos cintarazos
Hicieron rodar las velas:
Los músicos se escabullen,
Piden auxilio las hembras;
Los varones concurrentes
Se arman con lo que encuentran,
Hiriéndose unos a otros
En medio de las tinieblas
Solo se oye el *chis-chas*
De las hojas que tropiezan,
Los gritos de las mujeres,
El ay ! de alguno que rueda
Con una mano quebrada
O lamentando una oreja
Y mientras Ramón contiene
El solo varias docenas
Y claros abre en las filas
Que lo atosigan y estrechan,
Haciendo con recios golpes
Temblar en torno la tierra,
Hedro, valiente y audaz,
Puso su zarpa en la hembra.
Y se la llevó campante,
En medio de la pelea,
Dejando al recien marido
Tentándose la cabeza.

JUSTICIA DEL TIEMPO VIEJO.

A Quiterio Berroa.

Eran los tiempos en que
El caudillaje perverso
Florecía lo mas lozano
En el Quisqueyano predio.

Los Partidos existentes
Andaban siempre revueltos;
A tiros a cada paso
Surjía en la cumbre un Gobierno,
Que cual bomba de jabón
Rodaba pronto deshecho.

Cuando subían los *azules*
No quedaba ni el portero
De los que estaban gozando
Delicias del Presupuesto,
Y lo mismo hacían los *rojos*
Cuando mangoneaban ellos

Para caídos no habían
Sino expulsiones, encierros
En el temible Homenaje
O el «cubo» puertoplateño,
Cuando no cuatro tiritos
De alta moral en ejemplo.

Solo una rara virtud
Brillaba en aquel Infierno:
El rojo era siempre rojo
Y el azul con menosprecio
Miraba cuanto no fuese
Su divisa; merecieron
Esos íntegros varones
Encaminar sus esfuerzos
A cosas de mas altura
Pero ¡que hacer! era el tiempo.
. . . . . .

Don Prudencio Jaquimilla
Era un Señor en su Pueblo
Que sabía poner su nombre;
Rojo de rancio abolengo,
Cuando subía su partido,
Sin esperar nombramiento,
Iba y se posesionaba
De la Alcaldía; era feudo
A que nadie solo él
Tenía saneado derecho.
Una vez en ejercicio
De su cargo Don Prudencio,
Pidiendo pronta justicia
Llegáronse dos sujetos
La propiedad de un marrano
Cada uno defendiendo
Apoyaban sus razones
[Eran ambos Leguleyos]
Citando varios artículos
De los judiciales textos,
Y el Alcalde cuya ciencia
Estribaba en ser muy recto
Aplicando a su favor

Multas a diestro y siniestro,
No queriendo oir mas citas
Tocó campanilla, intrépido,
Y dijo con tono rudo:
«Señores eso era bueno
En tiempos de Bobadilla
Y los azules perversos,
Que hicieron esos artículos
Para conveniencia de ellos.
Pero yo si no ejecuto
Ese Código mostrenco
Muleta de esos bandidos
Que debían en el Infierno
Estar todos de cabeza
Por vagabundos y perros.
El marrano del litigio
Llévenlo a casa al momento
Para los costos y costas
Ocasionales del pleito,
Y además quedan multados
Cada uno con cinco pesos
Que necesito ahora mismo
Ovan de aquí para el Cepo.
Y Guay! si vuelvo y les oigo
Leyes de Azules, so frescos!

RECUERDOS LILISIANOS

A Miguel A. Guerrero R.

I

El Recibimiento.

La Capital aguardaba
Con regocijo simpático,
Al Presidente «Lilís»
Que andaba por el Cibao.
Como siempre, el General
Venía contento y ufano:
Aquellas ricas regiones
Entregadas al trabajo,
No pensaban sino en que
La paz con su rico manto,
Cubriera fiel, amorosa,
Montes, colinas y llanos,
Según anunciado había
El Gobernador Pichardo,
En hermosa «alocución»
Publicada a «son de bando»
Había, pues, motivo justo
Para el creciente entusiasmo:
No habría puerta sin banderas,
Serían docenas los arcos;

Un «Castillo» era el obsequio
De todos los empleados;
Las Colonias extranjeras,
La Española en primer rango,
Contribuían a la fiesta,
Y hasta el mismo «pueblo bajo»
Gustoso tendía cordeles
Sus calles empenachando.
Se aguardaba al General
Por la mañana, temprano,
Pero se pasó la noche
En ajetréo con los arcos
Y de «jolgorio» en «jolgorio»
Ya en uno ya en otro barrio.
Cuánta luz! Cuántos faroles!
Cuánto contento! qué tragos!
Cuánta mesa apetitosa!
En esos tiempos de antaño,
Las cosas se hacían bien hechas
Y no se paraba en gastos.

....

Las cinco son, llega el alba:
En el «Placer,» esperando,
Está el buque en que navega
Nuestro «Primer Magistrado.»
La «Plaza,» dando el aviso,
Deja oír un cañonazo.
Y si alguno se ha rendido,
Alerta por el disparo,
Del lecho se desentiende,
Se viste de gala, rápido,
Y coje rumbo del Puerto
Con ligereza de galgo.
Allí todo es alegría:
No hay yola, bote ni barco,

Que no luzca, coquetón,
Sus «gallardetes» simpáticos.
Los marinos fraternizan
Y desde las «bordas,» plácidos,
Se saludan con las gorras
Y danzan en «simulacros.»
El «Solar del Almirante,»
Las azoteas del tránsito,
La Aduana y otros lugares
Están de gente, cuajados.
Repartiéndose, impacientes,
Empujones y codazos.
Ya la tropa está cubriendo
En «dos alas,» es día claro,
Y llegan como devotos
Que se acercan a un Santuario,
«Manolao» y los Ministros
El Gobernador Pichardo,
Mañoncito, Pliscery,
Jefes de «Duarte» y «San Carlos,»
Pulún, Juan Francisco Díaz
Y Manuel María Peynado,
Con séquitos de oficiales
De los «Puestos» a sus mandos.
Cuánto uniforme vistoso!
Cuánto luciente penacho!
Y como brilla entre todos
El arrogante Don Chano (1)
El tipo dentro uniforme
Que se ha visto de más garbo.
Siguen la Suprema Corte.
Los señores Diputados,
Las colonias extranjeras,
Los empleados más altos

(1) El Gral. Sebastián E. Valverde.

Y cuanto «bicho» viviente
O tiene o espera cargos.
¡Todos anhelan ser vistos
De aquellos ojos relámpagos!
Qué día de más alborozo!
Qué día de más entusiasmo!
Otro igual no lo ha tenido
El pueblo dominicano!
Ya desembarca el «coloso»
Y lo reciben mil brazos:
De gran uniforme viste,
El pecho condecorado,
La espada de honor al cinto,
Y floreciendo en sus labios,
Esa sonrisa tranquila
De los fuertes, de los bravos,
De los venidos al mundo
Con el destino cesáreo,
De tener alas de cóndor
Y luz propia como astros.
Don «Telo» viene con él
También luciendo penacho,
Y detrás los oficiales
Aquellos fieles, fanáticos,
Que aun hoy cuando lo recuerdan
Rompen en lloros amargos.
«Viva nuestro General!»
Gritó una voz, y los ámbitos
Poblároнse con los vivas
Espléndidos, espontáneos,
De millares de personas
Rendidas al entusiasmo.
Y cogió la comitiva
El camino del Palacio,
Para el «Te Deum» y demás
Festejos ya preparados,

Entre salvas incesantes
De estrepitosos aplausos.

II

El Ciclón

¡Qué cerca del "Capitolio"
Está la roca "Tarpeya!"
Decíamos contemplando
En "calles" y por "plazuelas,"
Los destrozos producidos
Por el "ciclón" en su fuerza.
Desde la tarde cuando íbamos
Para San Cárlos, que era
punto final, en "Programa,"
De la magnífica fiesta,
Ya la gente que tenía
Sus ribetes de experiencia,
Sospechaba, temerosa,
Que el cielo tenía en la "testa,"
Alguna jugada sucia,
De las de mano maestra.
Y así fué: vino la noche,
¡Noche tormentosa y negra!
Y empezaron a sentirse
Las sacudidas primeras.
A las "nueve," las familias
Aseguraban sus puertas,
Porque ya nadie dudaba
Que muy pronto una tormenta
Sobre la ciudad caería
como desbocada bestia.
A las "doce" el enemigo
Furioso rompía las cercas
Y destechaba bohíos:
"Castillo" y arcos de fiesta,
Por el arroyo rodaban
Convertidos en miserias.

La "Ciudad," la parte antigua,
La de "sillares de piedra"
Y "techos a la romana,"
Aguantó firme, impertérrita,
Y solo sufrió el flajelo
En sus patios y arboledas;
Pero los barrios modernos
Como "Ponce" y "Ciudad Nueva,"
Con sus techumbres de zinc
Y sus cuadros de madera,
Fueron pasto donde pudo
Hacer destrozos sin trégua.
Los vecinos de esos barrios
Temiéndole a sus viviendas
Ya sin techo o sacudidas
De firme por la tormenta,
Huían en pos de un abrigo
En medio a la noche negra,
Azotados por la lluvia
Y las ráfagas siniestras.
El zinc volaba, sañudo,
Amenazando cabezas;
Los hombres sin pantalones,
Llevában hijos a cuestas;
Las tímidas, pudorosas
Y más recatadas hembras,
Cubrían sus senos altivos
Con las empapadas trenzas,
Y en camisa, que la lluvia
Pegaba a sus formas bellas,
Temblorosas se ofrecían
A las miradas perversas.
Las calles parecían ríos
De aguas locas, insurrectas,
Que salidos de nivel
Trepaban por las aceras

Y las casas invadían
En oleadas soberbias.
En cualquier pobre refugio
Las personas, por docenas,
Se acorrodaban, sombrías,
Esperando el alba incierta.
Cuánto grito! cuánto lloro!
Y el agua siempre más recia,
Y el viento más poderoso,
Y la oscuridad más densa,
Pues la noche parecía
Apocalíptica, eterna!
"Lilís" bajo su capote
En medio de la tormenta,
Cruzaba calles y barrios
Luchando firme con ella;
Confortando corazones
Y redimiendo miserias.
Parecía en esos momentos
De talla más jigantesca.
Ese hombre dentro el peligro
Tenía un aplomo de "atleta;"
Luchar era su divisa,
Y nunca tan grande era
Como cuando combatía
Y, sin posturas violentas,
Sus pies tocaban el suelo
Y su frente las estrellas.

LILIS A RATOS

A Enrique Henríquez.

El General Inspector
«Caralampio Secundino,»
Es un moreno arrogante,
De mucha fama y prestigio,
Que tiene para las hembras
Muy abierto el apetito.
Desde que mira unos senos
Con desarrollo maciso
Y unos muslos regordetes
Se pone como un «jarico;»
Desatiende sus sembrados,
No se ocupa del servicio,
Y jinete todo el día
En su caballo amarillo,
Hace «pases» y «corcobios»
Al rededor de su ídolo,
Hasta que sale triunfante
Por su labia y por su físico,
O por medio a su «batuta»
Que viene siendo lo mismo.
No hay campo de los contornos

Eu donde no tenga hijos;
A veces en sus conucos
Se juntan tres y hasta cinco,
Mancebas de su «Serrallo,»
En la corta de racimos,
Y unas a otras se miran
Sin arranques impulsivos
Y se hablan y se prestan
Para fumar el cachimbo.
Ahora está nuestro Tenorio
Lo que llaman «vuelto ripio,»
Por Manuela Canturencio
Hija de «Mai Aparicio,»
Una mora pelo duro
Pero con ojos vivísimos;
Unas piernas de «a concón«
Y otros flamantes hechizos.
En balde pasa y repasa
En su caballo amarillo,
Ginete como un Centáuro,
El General Secundino;
En balde da muchas fiestas
Y al rededor del buhío
Canta décimas y coplas
Que saben a pan bendito.
Y es que Manuela hace meses
Tiene amores con Francisco,
Un mozo de la Sección
Alto, fuerte, color indio,
En el que ha puesto su fé
Y sus afectos más íntimos,
Solo esperando la zafra
Para fabricar su nido.
«¿Eso hay?»—El Tutumpote
Exclama con tono cínico,
Al saber que su tormento

En otro ha puesto cariño—
«Mañana va ese gandul
Soldado a Santo Domingo.»
.....
Llorando a lágrima viva
Está la mora Manuela,
Mirando en un santiamén
Sus ilusiones desechas.
¡Cuatro años su pobre novio
Vistiendo la guerrillera
Y limpiando carabinas
En el patio de la Fuerza!
Cuatró años siempre de guardia
O andando de ceca en meca,
Son para hacerle perder
A una Santa la paciencia;
Y después de todo, el riesgo,
Pues si se arma una guerra
Es posible que lo mate
Alguna bala siniestra.
¡No se puede conformar
Con una suerte tan negra!
El General Secundino
Gavilán tras de su presa,
Redobla sus jinetéos
Sus cantares y sus fiestas,
Y le ofrece si por él
Se decide y se «aplacéan,»
Comprarle una propiedad
Con una casita nueva,
Y ponerle un tarantín
En que haya hasta cerveza.
«Tú serás en la comarca
La más curra, la más reina,»
Le dice, mientras sus ojos
En que lujuria flaméa,

Desnudan las redondeces
Incitantes de la hembra.
Ella lo quiere ver muerto
Para alivio de sus penas,
Pero astuta como todas
Las que descienden de Eva,
Si no le dice que sí
Tampoco lo desalienta.
Y es que tiene hace ya días
Metida entre ceja y ceja,
La tentación cimarrona
De una «burla» un poco recia
Que lo vista de payaso
De los pies a la cabeza.
A veces acariciando
En sus adentros la idea,
Se dibuja en su semblante
Una sonrisa perversa.
Y se pasa por los labios
La puntita de la lengua.
Cuando maduró su plan,
Como no sabía de letras,
Se buscó quien a Francisco
En su nombre le escribiera,
Diciéndole en cuatro líneas:
«Aunque se caiga una estrella
El domingo a prima noche
Te espero junto a la Ceyba,»
Y en la tarde cuando fué
Caralampio con sus frescas,
Le dijo vuelta una miel:
—«Facilíteme una bestia
Este próximo domingo
Para ir a un campo cerca
El lunes de madrugada.»
—«Oh, lo que gustes, Manuela;

Tengo un caballo bermejo
De andadura y resistencia,
Muy bueno si se le ensilla
Y mejor si se apareja,
Y el domingo por la tarde
Te lo mandaré a la puerta.»
—«Mil gracias anticipadas.»
—«Eso y más si lo deseas,»
Tú sabes que yo soy tuyo
Desde el tobillo a las greñas
—«Cuando sepa mi regreso»
Corra por una sorpresa
—«Yo espero que con el sí
A flor de tus labios vuelvas,
Y que pronto nos pongamos
Mas «liaos que una bujuquera»
—«No se apure, que no es tarde
Nunca si la dicha es buena.»

. . . . . .

Francisco leyó el papel;
Digo mal, se lo leyeron,
Quedando con la lectura
En los mayores aprietos.
«Licencia» no se la daban
Y desertando del «Puesto»
Se podía considerar
«Fusilado», sin remedio,
Al pié del «Aguacatico;»
Era para estar perplejo:
El cariño le impulsaba
Pero, pero; pero, pero....
Al fin una luz brilló
En su turbado cerebro,
Y después de meditar
Se dijo libre de miedos:

«El domingo en la mañana
Desde que toquen paseo,
Cojo camino del campo;
Hablo con Manuela y vuelvo
El lunes lo más temprano;
Me cruzarán en el «Cepo»
Unas horas o unos dias,
Pero eso es lo de menos
Pues indica su llamada
Algo que le pasa serio»
Y según lo meditó
El domingo, dicho y hecho.
Manuela juntó a la «Seyba»
Lo esperaba y sin rodeos,
Le expuso la situación
Con ademanes resueltos.
Ella se «iba» con él,
Todo lo tenía dispuesto,
Desde su ropa en un «lío»
Hasta un «jaco en aparejo;»
Ya no podía soportar
Los fatigosos requiebros
Del General Secundino
A cada instante más necio
«Lo que quieras vida mía,
Tu mandas y yo obedezco,»
Le dijo Francisco al punto
Con decisión y contento.
Bajo la capa del árbol
Poblóse el aire de besos,
En un abrazo de llamas
Encadenaron sus cuerpos,
Y aprovechando después
Un plenilunio soberbio,
Montaron, acariciándose,
En el caballo bermejo,

Y rumbo a la Capital
Al trote largo partieron.

....

El General Secundino
Parece «un perro con rabia:»
La «pichona» se le ha ido
Cuando la creía en sus garras,
Y lo peor es que él,
Sin pizca de desconfianza,
Para el viaje dió «caballo,»
El "aparejo y las árganas."
Todos al verle se rien
Aunque la risa recatan
Por temor a sus arranques,
Pues tiene la mano rápida,
Es Señor de «horca y cuchillo»
Sin «Control» en la comarca,
Y la cosa le ha sabido
Como a «purgante de sábila.»
Movido por el despecho
Que le tuesta como ascua,
«¡Primera vez que lo burlan
Desde que es hombre de barbas!»
A su compadre «Lilís»
Escribióle en una carta:
«El domingo por la noche
Llegó aquí Francisco Paula,
Soldado del Batallón,
Y se llevó una muchacha
En caballo que robó
En el patio de mi casa.
Es un mozo que merece
Que lo pasen por las armas.»
Lilís leyendo el papel
Se dijo: «Alguna cacata

Ha picado a mi compadre
Cuando tan duro se rasca.»
Y como todas las tardes
Iba por la Comandancia,
En su visita del día
Preguntó si se encontraba
Francisco Paula en Cuartel
—«General, está en la barra
Porque faltó sin licencia
A tres listas de ordenanza,
Dijo el Capitán Elías.»
—«Ordene que me lo traigan
Y al tenerlo en su presencia
Clavó su mirada de águila
En el semblante del mozo
Diciéndole:—Buena alhaja,
Cuentame de tu domingo
Y cuidado si me engañas.»
—«Presidente, pasé lista
En mi compañía, la cuarta,
Y para el campo cogí
Llamado por mi muchacha.
El General Secundino,
Que tiene muchas agallas,
Me sacó de mi conuco
Para servir a la Patria.
Pero fué con la intención
De mirar cómo lograba
Que mi novia lo quisiera;
Y ella, que de abispa pasa,
Ante toda la Sección
Lo ha puesto de «mojiganga,»
Con la historia del caballo
En que rendimos la marcha:
El mismo a su puerta fué
Llevándolo por la jáquima.»

—«Y qué hicieron de la bestia?
—«Cuando no nos hizo falta
De Giiibia la devolvimos
Con una gente de Jaina»
—«Comandante Lovelace,
Este muchacho me encanta
[Dijo Lilís] y deseo
Verlo a mi paso mañana
Con unos buenos Galones
De Cabo, en las bocamangas.»
-Y dirigiéndose al mozo:
Salúdame a tu muchacha
Y toma estas papeletas
Para que alujes la jaula» —

RECUERDOS TRISTES

A Pedro A. Ricart—Nene.

Para el Proceso verbal
De un triple fusilamiento,
Me hicieron una mañana
Dejar las glorias del sueño.
Eran los tressentenciados,
Si no fallan mis recuerdos,
El que mató a Cascavelly
En Samaná, triste hecho
Que nos trajo con la Francia
Muy amargos rozamientos :
El que en Moca hizo otro tanto
Con Juan Ruiz, hombre de mérito
Altamente distinguido
Por los Jefes del Gobierno,
Y un tal Checheé, sindicado
Como temible perverso.
Del Homenaje era entonces
Papá Quiro, Carcelero,
Quien con las sogas al brazo
Salió en busca de los presos,
Que a poco, bajo custodia

En el patio aparecieron,
Amarrados como Cristos
Y pálidos como espectros.
El Batallón de la Plaza
Formaba el cuadro en silencio;
El Gobernador Pichardo
Orden Superior cumpliendo,
Dispuso lo de ritual,
Colocandose a los reos
Junto a las tapias del Parque,
Frente al pelotón siniestro.
Después las voces terribles:
«Preparen! Apunten!! Fuego!!!
Pronto los tiros de gracia!
Recemos todos un credo!»
Y la sangre confundiéndose
Con los pedazos de sesos.
Salí de allí consternado,
Dando tumbos como ébrio
Y con la mente poblada
Por angustiosos recuerdos.
Recordé la negra suerte
De mis altivos abuelos,
Caídos en los cadalsos
Que levantaban, famélicos,
Los caudillos de la época
Azarosa en que vivieron.
Recordé mi mamasita
Y su desolado aspecto
Cuando en Azua se trataba
De ejecutar algún reo;
La pobre se iba a los campos
Lo más lejos, lo más lejos,
Para no oir las descargas,
Y volvía de noche al Pueblo
Llorando a lágrima viva

Con el mayor desconsuelo
Y rezando por su padre
Fulminado hacían decenios.
Bebí ginebra ese día
Hasta convertirme en cerdo.
Y desde entonces no como
Por nada del mundo, sesos.

¡ALANTE LA MANGULINA!

A Tadeo Martínez.

Bone Angomá era un hombre
De por los Pueblos Abajo,
Que pintaba pajaritos
Con un machete en la mano.
Era ambidiestro terrible
Y vagabundo, nostálgico,
Andaba de pueblo en pueblo
Con su sable bajo el brazo,
En busca de los temibles
Como esgrimadores sabios,
Para ver si era legítima
La fama que habían ganado.
Era un caballero andante
En lomos de burro flaco;
Sableaba como ejercicio
A un tiempo con tres y cuatro,
Adquiriendo en esas luchas
Una mirada de pájaro,
Una fuerza de leon
Y una agilidad de galgo.
De los golpes de su sable

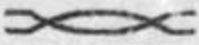
Dejó por el Sur mil rastros,
Bastando para su gloria
Decír que un reñido asalto
Sostuvo a Matías de Várgas,
Que era macho entre los machos,
Y no pudiendo vencerse
Se dieron un fuerte abrazo
Y como prenda de paz
Un hijo se bautizaron:

....

Hablando en una ocasión
De los lances de su vida,
Abundantes en sablazos
Que derribaban encinas,
Así se expresó Angomá:
«El contrario de más fibra
Con que luché pecho a pecho
Y que me dió mas fatiga,
Después que cruzé mis armas
Con el compadre Matías,
Fué un mozo de Barahona
Apodado «La Jeringa»
En una noche de Páscuas
Entre personas pacíficas,
Bailaba yó muy contento
Al son dé una mangulina.
Cuando de pronto una voz
Dentro de la sala grita:
¡Aquí no se baila más!
Los hombres se arremolinan
Temblando de puro miedo;
Las mujeres se santiguan
Y se ponen a rezár
En voz baja la Manífica;
Pero ahí estaba yo

Y al lado mi media cinta
¡Que no se pare la música!
Y si acaso alguna víbora,
Otra cosa anda buscando
Que del mundo se despida;
Que cerca de mí los gallos
No cántan con muchas ínfulas!
Grité y al mozo le fuí
Como un vendabal encima.
Ni un paso retrocedió,
Era diestro a maravilla,
Con unos puños de acero,
Agil pierna y pronta vista.
Saltaba de un lado al otro
Sin abandonar la línea,
Acometiendo a su vez
Con intenciones de avispa;
Mis golpes más contundentes
En el aire se perdían,
Contestando a todos ellos
Con la parada precisa,
Llegué a pensar que era "Brujo"
O de "Pezuña" família.
Y tenté mi Escapulario
Con un poquíto de grima;
Pero en un cambio a la zurda,
Esa Maña el no sabía,
En la cabeza le dí
Y cayó patas arriba
Con un portillo en la frente
Del largo de una Península.
Busquen pronto quien lo cure

Por si es posible que viva!
Por si tiene soldadura
El palo de esa Jeringa!
Dije limpiando mi sable
En las faldas de una india,
Y . . aquí no ha pasado nada
Alante la mangulina!»



TEMPLE VIEJO

A Daniel C. Henríquez.

Pedro Alcántar, conocido
Por el Coronel Pimienta,
Tan azuano como el Vía
Y más duro que sus piedras,
Se hizo famoso en el Sur
Durante la Independencia
Era terror del haitiano
Pues en las rudas peleas
Entraba como demonio,
Con su machete en la diestra,
Y por donde acometía
No había segura cabeza.
El cantón de Cachimán
Estaba esa noche en fiesta,
Celebrando en lo posible
La noticia de una tregua,
Por la cual la disciplina
Medio aflojaba sus cuerdas.
Algunos de los soldados
Cantaban alegres décimas;
Otros al són de un barcié,

Ceñuelo de una taberna,
Julepeaban de lo lindo
Con mocetonas perversas,
De las que son obligado
Manjar de la soldadezca.
El bizarro Coronel
Era el primero en la juerga,
Bebiendo aguardiente viejo
Y jugando en toda regla
A una india de «baupres»
Como una fragata inglesa.
«A gozar sin desperdicio
Todos mis muchachos vengan,
Que paga cuanto se gaste
Vuestro Coronel Pimienta»
Decía, tirándose tragos
Del peso de libra y media.
Tocaron un zapateo
Y del gancho de la hembra
A probar se disponía
La solidez de sus piernas,
Cuando un joven del lugar
Le reclamó la pareja.
—«No se la presto ni a Dios!»
—«Pues cómete esta galleta!»
Y el «chas» de una bofetada
Oyóse como a una legua.
«Blas Lantigua, no cabemos
Vivos los dos en la tierra!»
Rugió el Coronel lanzando
Miradas como centellas,
Y buscando a su agresor
Con intenciones siniestras;
Pero parientes del mozo,
Temblando por su cabeza,
A favor de la bullanga

Que armóse, y de las tinieblas,
Lo pusieron en salvito
Con velocidad eléctrica

. . . . . .

Han brillado muchos soles:
El Coronel peina canas,
Pero no se le ha olvidado
La terrible bofetada
Que de su historia patricia
Como que nubla las páginas,
Al otro día del suceso
Para el pueblo de Las Matas,
Lo despachó Duvergé,
Al frente de tropas de Azua;
Luego las luchas civiles
Y la guerra contra España,
Teniéndole combatiendo
Muy lejos de esas comarcas,
Habían aplazado siempre
El goce de su venganza.
Ahora se mira ya viejo,
Azotado por el asma,
Con el hígado en desorden
Y con las piernas reumáticas
¡Convertido en árbol fofo
El antiguo quiebra hacha!
Y recordando la injuria
Por sus mejillas resbalan,
Como dos fuentes copiosas
Quizás las primeras lágrimas.
Es que no quiere morir
Sin afeitarse las barbas,
Y juró la noche aquella
No hacer uso de navajas
Hasta mirarse al espejo

Libre de la sucia mancha.
¿En dónde dar con Lantigua
Si éste nunca va por Azua
Y no puede ir en su busca
Por sus años y dolamas?
Pero siempre con la idea
Que su cerebro taladra,
Y que parece más bien
Una enfermedad maniática,
Ha ofrecido una "Promesa"
A la "Virgen de Altagracia,"
Para que ponga al audaz
Al alcance de sus garras,
Y enciende cabos de vela
Noche por noche a las Animas.

....

Un domingo por la tarde
En un rancho, pueblo arriba,
Algunos desocupados
Cantan décimas y trincan
Al son de un tiple que llena
Los ámbitos de armonías.
Los curiosos el local
Como de costumbre, sitian,
Y el Coronel Pedro Alcántar,
Que a veces también se «achispa,»
Con los cantores se junta
Y décimas improvisa
Como en los tiempos lejanos
De su juventud altiva.
De pronto en un forastero
Al que todos felicitan
Porque toca bien el tiple
Y canta coplas bellísimas,
Clava, con ruda insistencia,

Las fatigadas pupilas.
Pregunta como se llama
Y oyendo que Blas Lantigua,
Coje con paso lijero
Camino de su bohardilla,
Dando gracias a la Virgen
Y a las Animas benditas;
Descuelga su viejo sable,
Que guarda como reliquia,
Y de nuevo, presuroso,
Se dirije al pueblo arriba.
Acariciando, febril,
Sus barbas apocalípticas.
Sin andarse con prefacios
¡El no es hombre de pamplinas!
Al odiado aproximóse
Y la diestra encallecida
Dejó caer, vengadora,
En una de sus mejillas,
Rugiendo: «No haces memoria
Del hombre que te castiga?
Soy el Coronel Pimienta
Que pone su cara limpia!
Coje un sable y encomienda
El alma a María Santísima,
Que a volar van tus pedazos
Como si fuesen chichiguas!»
Los amigos intervienen,
Quedó el asunto en familia,
Saliendo de allí el buen viejo
Con rumbo a la barbería.

CREENCIAS VIEJAS

A Miguel A. Gautier

Fello Pichincha murió
De una calentura mala,
Debiéndole una Promesa,
A la Virgen de Altagracia.
Su madre, una viejesita,
Tan pobre como las ratas,
Quería cumplir por su hijo
Con esa deuda sagrada,
Mas ay! el mejor deseo,
Como cabeza borracha,
Va tropezando en la vida
Cuando los recursos faltan.
Pero una noche soñó
Que Fello, deshecho en lágrimas,
A su oído le decía:
«Estoy ardiendo entre llamas;
Cumple pronto, mamasita,
Mi Promesa con la Santa,
Para que pueda tener
Descanso mi pobre alma.»
Despertó, despavorida.

La viejesita en su cama,
Y ya no pudo dormir
Pues siempre que lo intentaba
Le parecía ver al hijo
En un abismo de brasas
Y repetirle afligido
Las consabidas palabras:
«Cumple, pronto, mamasita,
Mi promesa con la Santa;
Para que pueda tener
Descanso mi pobre alma.»
. . . . . .
Logró nuestra viejesita
Haciendo cien mil esfuerzos,
Conseguir para alquilar
Un miserable jumento,
Poniendo en unas alforjas,
Encima del aparejo,
Muy escasos comestibles
Y un camisón de repuesto.
La noche de la partida,
Atentamente cumpliendo
Con el Ritual consagrado
Por los antiguos abuelos,
Valerosa fué a la puerta
Del tranquilo Cementerio,
Tocó tres veces seguidas
Y dijo: «Fello, mi Fello,
En el Calvario de Higiiey
El veintiuno te espero.»
Repitió las mismas frases
Tres veces, y a poco viendo
Un ave nocturna alzar
Tímidamente su vuelo.
Abandonando un ciprés
Donde se entregaba al sueño,

Creyó contemplar el alma
Del hijo de sus afectos,
Hacia el Santuario bendito
Encaminarse en silencio.

. . . . . .

Será verdad que no logran
Reposo bajo la tierra
Los que mueren a los Santos
Debiendo alguna promesa?
Será verdad que las almas
Se suben sobre las bestias,
Y cansan a las monturas
De la mayor resistencia,
Si no se tiene cuidado
Al llamarlas en la puerta
Del Cementerio, fijarles
En dónde se les espera?
¡Tánto misterio profundo
Por todas partes nos cerca,
Que quién sabe si es posible
Que la verdad esa sea!

ENTRE PROCERES

A Fillo Nolasco. «Juan Fuerte.»

Antonio Guzmán—Antón—
Fué de aquellos guerrilleros
Que poblaron las maniguas
En lucha contra el Ibérico.
Por su valor indomable
Y su audacia sin ejemplo,
Asaltando los convoyes,
Tiroteando campamentos
Y haciendo con "cuatro gatos"
Más faena que un Ejército,
Llegó a tanto en las Comunes
De esta Provincia y del Seybo,
Que a su voz obedecía
El mismo Pedro Guillermo,
Y Marco Adón y Manzueta
Sin él andában perplejos,
Cuando jinete o a pié,
Armado de sable recio,
A sus parciales decía:
«Vamos a hacer un chapéo
En esos blancos intrusos,»

Ya se tenía como un hecho
Que su cabeza fraguaba
Algún asalto estupendo,
Y el gaje pronto sería
Algún convoy o algún Pueblo.
Dos o tres años después
De esos famosos sucesos,
Que dejaron por doquiera
Rastros de sangre e incendios,
Era Cabral, Presidente,
Y fué al Cibao con un séquito
De jefes Restauradores
De reconocido mérito,
Siendo, cosa natural,
Nuestro seybano de ellos.
En Moca, durante los
Presidenciales festejos,
Manuel Rodríguez —el Chivo—
Un temible cibaeño,
Quiso buscarle pendencia
Con no sé cuáles pretestos;
Y Antonio Guzmán—Antón—
Sus ímpetus conteniendo
Porque Cabral no dijese
Que andaba comprando pleitos;
Apoyándose en su sable
Como un Monarca en su cetro,
Y midiendo al temerario
Con unos ojos famélicos,
Los ojos con que rondaba
Por la manigua en asecho,
Le dijo a los del lugar
Presenciadores del reto:
«Enchiqueren a su chivo
O se lo pongo sin cuernos!»

PALABRA DE REY

A Vijil Díaz.

"Juana Cheba", la mujer
De "Santiago Cachirulo",
Era una hembra silvestre
Lo que se llama, de rumbo.
Con sus ojos que brillában
Como dos grandes cocuyos,
Sus caderas retozonas
Y arquitectónicos muslos,
Iba sembrando Ciclones
Y despertando Vesubios;
En las almas primitivas
De los jayánes robustos;
No faltando algun osado
Que camino del conuco.
A la lucha se le fuera
Con fanatismo de turco,
Ansioso del Paraiso
De sus encantos ocultos;
Pero ella se defendía
De los abrazos intrusos
Con mano tan poderosa,

Que hasta los mas testarudos
Renunciáron á deseos
Que solo daban por fruto,
Algun chichon soberano
O bofetones mayúsculos.
Ella nunca a su marido
Le contába estos asuntos
Por temor a una pendencia,
Pues Santiago Cachirulo
Era fama que tenía
"Mas espinas que un cayuco",
Y adoraba a su mujer
Con un amor tan profundo,
Que capaz era de dar
Al mismo Demonio un susto,
Si con su hembra soñaba
Entrar en manejos sucios.
"Le pesa toda la vida"
"Al que la trepe, curujol"
Decía poniendo la cara
Mas féa que un abrenuncio.
. . . . . .
Armado de su instrumento,
Que constituía su hacienda,
Llegó al campo en que vivían
Cachirulo y Juana Chepa,
Pedro Santa, guitarrista
Y ademas medio poeta.
Segun la firme opinion
De unas chicas lugareñas,
Que sabían de los misterios
De la Música y la Métrica,
Como yo de la futura
Confragacion Européa,
No habia otro como él
Para decir cosas bellas

En coplas que despedían
Perfume de flores frescas;
Y en sus manos la guitarra
Daba tan dulces cadencias,
Que era de "Enoriquitirse"
"Y como cosa de Yglesia"
No faltaba ni una moza
Aquella noche en la fiesta,
Pues guitarra no se oía
Cási nunca por las sierras,
Y entre todas ostentando
Sus plenitudes exelsas,
La Reyna de la montaña,
La divina Juana Chepa.
Pedro Santa la miró
Con deliciosa sorpresa,
Sintiendo por sus hijares
En una ronda famélica,
Zarpazos incompasivos
De la lujuria mas récia.
Y pensando sin tardanza
En cortejar á la hembra,
De su dócil instrumento
Se pusó a mover las cuerdas,
Ymprovisando a la vez
Estas coplas pintorezcas:
"Vivan las hembras hermosas
"Las esquisitas que llevan
"En sus gracias todo un cielo
"Empavezado de estrellas".
"Desde que te vi he sentido
"Dentro del alma una flecha:
"Es el amor poderoso
"Que tus miradas despiertan".
"Si a la fuente de tus labios
"Pudiese llegar, morena.

"Entónces ¡ay! yo sabría
"De las delicias del néctar".
"Por lograr vivir en tí
"Sería capaz en la tierra,
"De llevar cual JesuCristo
"Una Cruz pesada á cuestas"
"En tu cuerpo puso Dios
"Las mas dulces opulencias,
"Y desde su Réjio Trono
"Mirándote se recréa".
Y tocaba el instrumento
Sacándole notas tiernas,
Y con los ojos clavados
En el semblante de ella.
Le hacía comprender, audaz,
Que sus contornos de Reyna,
Mandaban la inspiración
Del músico y del poeta.
Juana Chepa en su interior
Sintió por la vez primera
Una extraña sacudida,
Se le mareó la cabeza,
Y sus ojos estivales
Brillantes como luciérnagas,
Clavó en el jóven cantor
Con amable complacencia;
Que la mujer, es sabido,
Por moderada que séa,
Siempre goza cuando mira
Que seducciones despierta
Y trinos, versos y flores,
Como favonios la besan.
Y viendo al mozo se dió
Sin quererlo, buena cuenta,
De que tenía la figura
Mui arrogante y esbelta;

Que no fumaba cachimbo
Y se permitía esencias;
Y sin poderlo evitar
Suspiró con mucha fuerza,
Y pensó que si ese pollo
Tan curro, la sorprendiera
Camino de los sembrados
O en un rincon de la selva,
Sus manos ¡ay! perderían
Su noble fama de intrépidas.
. . . . . .

El amor en ciertas jentes
No se anda por las ramas,
I muy pronto se entendiéron
"Juana Chepa y Pedro Santa",
Que por los campos el Diablo
Tambien a veces se lanza
Y con las hembras sencillas
De las silvestres comarcas,
Se divierte como loco
Haciendo "trapas pantrapas."
Desde la noche de fiesta
¡Oh, poder de la guitarra!
Llena de desasociego
Camina la bella Juana.
Sus grandes ojos despiden
Fulguraciones extrañas,
Y recordando con mimo
Aquellas horas simpáticas,
Sentía unos cosquilléos
Voluptuosos en sus ancas,
Y unos como tocamientos
Que la ponían colorada.
Así cuando cierta tarde
Le vió llegar a su casa

Y lanzarle nuevas coplas
Llenas de miel y fragancias,
Sus virtudes no tuvieron
Sublevaciones ni alarmas,
Y al cabo de pocos días
Otras coplas alcanzaban
A completa discreción
La rendición de la plaza,
Probándose para eterno
Que puede la Diplomacia.
Más que la Fuerza con todas
Sus acometidas bárbaras.
Cachirulo se iba siempre
A su "Fundo" con el alba,
Y los amantes tenían
Así las horas sobradas,
Para saciar sus deseos
Dentro de la misma casa.
En la dulce intimidad
De sus citas cuotidianas,
Le refaría, complacido,
El amado sus Andanzas
Allá por la Capital,
En fiestas y serenatas,
Entre sensibles mujeres
Bellas, olientes y blancas.
Ella se porfía llorosa
Can celos de colegiala,
Y él en sus piernas entónces
Cómodamente sentándola,
La cabeza le atraía
Y á su oído murmuraba
Algunas coplas de azúcar
Y le bebía las lágrimas;
Terminando por ensalmo
La tormenta momentánea,

Entre besos á porfía
Y otras cosas ménos santas,
Que silencio, castamente,
Porque novicias muchachas
No digan entre suspiros
Que se adivina a las claras,
Que tuve mi pobre cuna
En alguna tierra cálida,
De las que dan solamente
Un triste fruto: guazábaras,
Y que fué mi mocedad
Como de perro con rabia.
En uno de esos momentos
Llegó el marido a la casa,
Una muela tormentosa
Le hizo dejar su labranza,
Y viendo el cuadro sintió
En el cuerpo y en el alma
Un latigazo furioso:
"¡Ah, perra ruina, canalla!"
Rugió marchándole al grupo
En alto la tosca chambra,
Con que los troncos y yerbas
En el conuco talaba.
Pedro Santa escabullóse,
Como movido por alas,
Abandonando á la hembra
Que, como quien ve un fantasma,
"Ay Dios!" dijo, por el suelo,
Rodando de miedo, pálida.
Cachirulo reaccionó,
Soltó de la mano el arma
Y con voz ménos terrible
Dijo a su mujer: "Malvada,
"Debía de hacerte pedazos
"Pero vive con tu falta,

"Para que puedas odiar
"A ese brigan, mala casta,
"Al que pronto le pondré
'Là mano encima y....mi marca!'
....
Pedro Santa una mañana
Iba camino del río,
Cuando detrás de una ceyba
Blandiendo un bastón gordísimo,
Cachirulo le salió
Frente a frente de improviso.
Quiso escapar, pero un palo
En la cabeza, con tino,
Le derribó por el suelo
Con pérdida del sentido,
Quedando a merced completa
De su terrible enemigo.
Que esgrimiendo sin piedad
Un afilado cuchillo,
Le mutiló en un segundo
Con bárbaro regocijo,
Gruñendo: «No te degiiello
Por no morir en presidio,
Pero ahí tienes mi señal:
Sigue, si puedes, tu oficio,
De alborotar con canciones
iembras ajenas, carijo!» y

MI ABUELO PATERNO.

A Chiro Bonetti

El viejo José Raimundo
Está dormido en su lecho,
Cuando le tocan la puerta
—"Que pasa" (grita de adentro)
—«Que su hijo José Altagracia,
En un velorio, de pleito,
Está con Camilo Díaz
Por asuntos mujeriegos.
Los amigos de uno y otro,
Activos interviniendo
Tienen a los dos rivales
A viva fuerza sujetos,
Pero no sueltan los sables
Y se lanzan improperios,
Y es preciso que Ud vaya
A sermonear esos tercos
Para que no se malogren.»
—«Diga que voy al momento»—
Pocos minutos después
Tosiendo y pisando recio,
Iba el padre de mi padre
Por las callejas del pueblo,
Con un machete en la mano
Brillante como un espejo.
Al llegar donde se hallaban

Los adversarios, frenéticos
Y ansiosos de acometerse,
Dijo a los amigos:
—«Suéltenlos
A ver si los mozos de hoy
Son fibra como en mi tiempo.»—
Y dirigiéndose al hijo,
Joven con fama de intrépido
Adquirida en Santomé
Y en los civiles encuentros:
«Si no peleas a mi gusto
Cuenta que te desjarreto!»

DE ROMERIA

A Ernesto Freites.

Pronto los ferrocarriles
Y las amplias carreteras,
Tendiéndose como cintas
Desde Monte Cristy a Neyba,
Acabarán mil costumbres
De nuestra bendita tierra.
Para entonces, si hay aun
Quienes en prodigios crean,
Los que vayan a Santuarios
A cancelar sus Promesas,
Cómodamente en un tren,
O en un «auto» traga leguas,
Tendrán un día para ir
Y otro para estar de vuelta,
Aunque vivan en los pueblos
Más apartados; las Recuas
Cargadas de peregrinos
Pasarán a la leyenda,
Lo mismo que San Andrés.
Las fogatas y carreras
Por San Juan y por San Pedro,
Y otras adorables fiestas,
Que hicieron la diversión
De nuestras madres y abuelas.
Es el Progreso que pasa !

Bendito el progreso sea,
Por más que mucha poesía
Sucumba bajo sus ruedas!

. . . . . .

En un caballo bermejo
Que a ratos caracolea,
Orgulloso de la carga
Que sobre sus lomos lleva,
Va Rebeca, la muchacha
Más linda de todo Neyba,
Que camina para Higüey
A cumplir una «Promesa,»
Entre parientes y amigos
Que componen una Recua.
Sus ojos tienen el brillo
De matutinas estrellas;
A sus labios engañadas
Van, golosas, las abejas,
Creyendo que son el cáliz
De alguna flor entreabierta,
Y en su cuerpo virginal,
De curvaturas perfectas,
Como que hubo derroche
De rosas y de canela.
Los ribereños del Vía
Entusiasmados al verla,
«Viva el oro de tu cara
Encantadora morena!
A dónde guardas las alas
Bello amorsillo y las flechas?
Ojalá ser la montura
En que cabalgas, princesa!
Bendito el rincón del mundo
Donde se dan esas hembras!»
Exclamaban a su paso
Por las pedrosas callejas.

Ella sacudía con gracia
De su caballo las riendas.
Medio entornaba los ojos
Y con sonrisita fresca,
Demostrando que no andaba
«Con el monte en la cabeza,»
Por más que poco entendiese
De Literatura y Letras,
Decía con voz armoniosa
Que le envidiaría una Reina:
«Si gastan toda su pólvora
Con qué tiran cuando vuelva?»
Entre los admiradores
De la preciosa neybera,
Estaba César Ortiz.
Edad? Veinticinco apenas.
Posición? Era señor
De mucho ganado y tierras,
Sus vacas todas al cuido
De un mayoral, «a la tercia.»
Costumbres? Pasaba el tiempo
De ocioso, limando décimas,
Con escarnio de su abuelo
Hombre de la Independencia,
De aquellos que se dormían
Con el sable entre las piernas.
«Ven, muchacho—le decía—
A ejercitar la muñeca,
Para que seas otro yo
Y déjate de verbenas.»
El replicaba que el sable
Era ya cosa muy vieja,
Y seguía en su ociosidad
Al abrigo de sus rentas.
Con la visión en los ojos
De la divina Rebeca,

César quedó por un rato
Inmóvil en la calleja.
Y de repente se díjo:
«Si yo debo una Promesa;
El motivo no recuerdo
Ni la hora en que fué hecha,
Pero es preciso que pague
Sin más tardanza esa deuda.»
Mandó volando al potrero
Por una mula berrenda,
Andona como un caballo
Y de mayor resistencia;
En unas «alforjas» puso
Ropa, fiambres y pesetas,
Y ya cruzando el «Ocoa»
Era uno más en la Recua.
Con la sencillez nativa
Entre la gente de aldea.
El peregrino agregado
Fué acogido sin reservas.
Como si fuese un amigo
De remotísima fecha;
Le obsequiaban con café
Rosquetes, queso y panela;
Le cuidaban la montura
A la hora de las siestas,
Y en las noches, si no había
Alguna «Posada» cerca,
No le faltaba «cobija»
En la cual, a pierna suelta,
Acomodarse y dormir,
Besado por las estrellas.
El por su parte mostraba
Una corrección perfecta
Y para todos tenía
Halagos y complacencias,

Brindando de sus alforjas
Con una mano libérrima.
A Rebeca se acercaba
Y le decía cosas tiernas
Pero con tono de amigo
En un baile u otra fiesta.
Con margaritas silvestres
Cojidas en las riberas
Clavellinas, campanitas
Y otras galas de la selva,
Le hacía presentes, diciendo:
«Amiga, son las más frescas
Con que ahora se embellece
La madre Naturaleza;
Suple con mi buen deseo
Lo modesto de la ofrenda.»
Ella ponía su semblante
Con seriedad académica,
Pero tomaba las flores
Y algunas sobre su testa
Ponía sirviendo de adorno
Alrededor de las trenzas.
A la Capital llegaron
Y complaciente con ella,
La obsequió con finos dulces
De Pascuas y Noche Buena;
En coche la paseó,
Fueron juntos por las tiendas
Y le enseñó los Palacios
Y las vetustas Iglesias.
Ella que nunca había visto
En el marco de su aldea,
Sino casuchas de paja
Y mal labrada madera,
Mirando la Catedral
Medio se quedó perpleja,

Exclamando en un arranque
De sencillez lugareña:
«Parece cosa de brujos
Encaramar esas piedras!»
—«Eso es obra del amor
(Le dijo con fuego, César)
Del amor al Ser Supremo;
Pero hay otro aquí, más cerca,
Que también hace prodigios:
El que tus gracias despiertan.»
Ella se quedó mirándolo
Con una mirada intensa,
Y....«Vámonos ya de aquí»
Moduló, torpe, su lengua.
Al otro día por la tarde
Hicieron parada en Guerra,
Para dormir bajo techo
Y dar descanso a las bestias,
Y a la lumbre de un velón
El le compuso una décima,
En la cual la comparaba
Con la luna más espléndida.
Ella, mirando el papel,
Ponía cara de chiquela
A la que dan en su Santo
Un dulce o una muñeca;
Pero a poco, con esfuerzo
Por aparecer muy seria,
Le dijo
—«Mal compañero,
Yo no merezca la ofensa
De que me compare Ud.
Con una feola vieja,
Que cada día se aparece
Usando una cara nueva.»
| «Pero Rebeca, muchacha...»

—«Nada! Me ha dicho feérrima
Y mujer de muchas caras
Y como tal, deshonesta.
¿Es posible que después
De tales injurias duerma?
Lo dejo para que luche
Un poco con su conciencia,
Y ojalá que a media noche
Sin falta se le aparezca,
El muerto más espantoso
O alguna bruja maléfica.»
Pero al otro día, temprano,
En su pulida jigüera,
Le llevó de su café,
Diciéndole:
—«Aunque yo tenga
Motivos para negarle
Hasta un vaso de agua fresca,
Bébase este poquitico
A la salud de la fea,
Colado por estas manos
Que se han de comer la tierra.»
El, apurando el café
Le dijo con voz arpégica:
—«Eres más dulce y sabrosa
Que raspadura neybera.»
—«Ay, desgraciado! No sabes
Que son saladas y prietas,
Que nadie las come allá
Y para Haití se las llevan?
Este piropo ha salido
Mucho peor que la décima
—«Eres un Diablo con faldas
Manífica ni ma mea;
Estos benditos azuanos
Hacen tarumba a cualquiera.

Voy a decirte una copla
Que cantan mucho por Neyba:
«La muchacha que a los versos
Le pone cara de fiesta,
Es probable que se quede
A la luna de Valencia.»
Y esta otra que le oí
Nada menos que a mi abuela:
«El amor del forastero
Pasa como las cosechas;
Cuando se vuelve a su casa
Lo que dejó no recuerda.»
—Y como coplas son triunfos,—
Encantadora Rebeca,
Escucha, pues, estas otras
Acabaditas y frescas:
«La mujer que es para uno.
Aunque viva en las estrellas,
Llega el momento en que viene
A iluminarle la senda.»
«El amor une a las almas
De las regiones diversas;
Es el tirano más dulce
Y la Religión más bella.»
«Cuando se miran tus ojos
Y se vive de tí cerca,
Solo en ser tuyo, muy tuyo,
Enagenado se piensa.»
No te parece que son
Un poco mejores éstas?
—«Todo es según el color
Como dicen los poetas;
Para mí lo son, ahora.
Las de mi pueblo de Neyba.»
Llegaron al «Guabatico»
En una mañana, regia,

Presentándose a sus ojos
La sabana grande, inmensa,
Cubierta por el rocío
Como por manto de perlas.
—«Esto sí es cosa de verse—
(Dijo, entusiasta, la hembra)
Allá tenemos palmares
Desde «Cambronal» a «Mena,»
Caminándose a su sombra
Lo menos por hora y media;
Grandes lagos; altas lomas
En «Panzo» y «La Descubierta;»
Unos salados también
Que ocupan algunas leguas.
Pero sabanas no hay
Que se comparen con ésta.
¡Como convida a correr!»
Y sacudiendo las riendas
De su caballo, se fué
A vanguardia de la Recua
César picó su montura
Y jineteando a su diestra,
A distancia parecían
Unas diminutas velas,
Navegando en alta mar
A impulsos de brisa fresca.
En medio a la majestad
De la sabana opulenta.
¿Qué cosas dijo el mancebo
A la garrida doncella?
Solo llegó a mis oídos
Que ella, con voz algo trémula,
Le contestó: «Como voy
A cumplir una Promesa,
Se lo contaré a la Vírgen
Rogándole que resuelva.»

. . . . . .

En el poblado de Higüey
Está la dulce Rebeca,
Entre millares de fieles
Que arrodillados esperan
Los milagros de la Virgen;
También los aguarda ella
Con los ojos en la Imagen
Fervorosamente reza,
Con esa fé de las almas
Sencillas de las aldeas,
Y le pregunta—«si el hombre
Que le conviene está cerca;
Si es el azuano que dice
Cosas bonitas en décimas.»—
De pronto le pareció
Que le daba una respuesta
Y su rostro iluminóse
Bañado de dicha nueva.
Cuando acabó la función
Y se acompañó con César,
—«Qué dijo la Chiquitica
A tu pregunta, mi prenda?»—
El inquirió demostrando
Una ansiedad manifiesta.
Y ella, con voz melodiosa,
Le contestó sin reservas:
—«Me dijo que sí, que sí,
Con un menión de cabeza.»—

DE TIEMPOS DE CONCHO PRIMO

A Manuel A. Machado.

I

El «Pueblo» está pintadito
Y las fiestas «Patronales,»
Empiezan en el momento
Con júbilo a celebrarse.
Grupos de lindas muchachas,
De miradas fulminantes,
Cruzan con «ramos de flores»
Que ofrecerán en la «Salve»
Esa noche de la «Vírgen;»
La música entona «valses»
Y «danzas,» y en las esquinas
Los mozos, con triquitraques,
Que disparan a porfía,
Pueblan de ruidos los aires.
De los campos del contorno
Llegan jinetes audaces,
Galopando en sus corceles,
Y empenachando las calles
Se ven «hermosas guirnaldas,»
«Corozos y palmas reales,»
«Pencas de coco, banderas,»
Y otros «pobres cachivaches,»
Sencillos como la fé

En la «Purísima Madre.»
El gran acontecimiento
Será un espléndido baile»,
Con que obsequia a sus amigas
El finquero «Juan Ricaurte,»
Un mozo que sabe hacer
Todas las cosas en grande.
Y que ahora enamorado
De la bella «Pimpa Ibáñez,»
Una chica que no es oro
Por ser de fino diamante,
Está dispuesto a probar
Todo lo que puede y vale.
.....
El baile está en su apogeo
Y «Juan» y la bella «Pimpa,»
En un rincón de la sala
Honestamente platican.
En sus semblantes se nota
Que tratan de cosas íntimas.
Y de que marchan de acuerdo
Son espejo las sonrisas
Y las miradas muy dulces
Que brotan de sus pupilas.
El más torpe en estas cosas
Sin gran esfuerzo adivina,
Que si pensó resistir
Al «fuego santo» la chica,
Se ha rendido de tal modo
Que goza siendo cautiva
Y que por «Juan» es capaz
De todas las cosas lícitas.
Y hasta quizás si de algunas
Que las «gazmoñas» critican,
Juzgándolas en su fuero
Como «demasiado tibias,»

Que no se sabe hasta dónde
Puede llevar a las niñas,
El amor, cuando sacude
Todas las internas fibras,
Y «maúlla» como gato
O, como potro, «relincha.»
Sentado a corta distancia
A los amantes atisba,
Un mozo que usa botones,
De militar y presillas,
Con unos ojos que lanzan
A cada momento chispas.
Es el Jefe Comunal,
El Comandante Chiripa,
Que enamorado también
De la plástica de Pimpa
Y viéndose postergado
A pesar de sus insignias,
En el placer de vengarse
Zorronamente medita.
De pronto se pone en pié
Y al Jefe de Policía
Llama en privado y le dice:
—«Vas ahora al pueblo arriba;
Haces algunos disparos:
Lanzas a los «bolos» vivas;
Le pegas de paso fuego
A la más vieja cocina,
Y regresas sin dejarte
Conocer; anda de prisa
Que se trata, amigo mío,
De necesidad política!»—

. . . . . .

«Disparos! vivas!! candela!!!
Asístenos San Eulogio!»
Gritan las hembras poblando

Los aires con mil sollozos
—«Esa es la obra perversa
De los endiablados bolos!»—
Dice el Alcalde del pueblo,
Hombre panzudo y rechoncho,
Buscando un rincón en donde
Estar en seguro y cómodo.
—«Hay que cojerlos!»—exclama
Un Inspector medio bronco,
Desenfundando un revólver
Calibre «cuarentiocho.»
El Comandante se marcha,
Con ademanes de «dogo,»
«A prevenir los futuros
Ataques de los facciosos.»
Los ánimos se entristecen,
Se teme nuevo alboroto,
Y queda el salón del baile
Como por ensalmo, solo.

. . . . . .

Con los albores del día
El Comandante, a caballo,
Recorre la población
Hasta los dientes armado
Da parte al Gobernador
«De haber sufrido un asalto
Del que triunfó, corajudo,
Después de recios disparos,»
Enviándole cuatro presos
Siendo uno de los cuatro.
«Nuestro Juan,» con esta nota
A manera de epitafio:
—«Es un bolo furibundo,
Un conspirador satánico,
Aunque no se le ha cogido
Con las armas en la mano.

Si no lo quieren prender
Lo confinan al Cibao,
Sin derecho a poner pié
Por la Común de mi mando.»—

II

Dejamos a Juan Ricaurte
En condiciones de preso.
Pero amigos que tenía
Alcanzaron del Gobierno,
Que la prisión se trocara
En solo confinamiento.
De la Ciudad Capital,
Entre los muros decrépitos,
Pasea, con gesto aburrido,
Las calles y vericuetos;
Pues le hacen mucha falta
Su caballo, su potrero,
Los aires de la montaña,
El río rumoroso y fresco,
Y, sobre todas las cosas,
Su novia, de porte regio,
A la que sabe que asedia
El Comandante del pueblo.
Una ola de venganza
Azota su rudo pecho,
Y él que siempre la política
Ha visto con poco aprecio,
Ahora la ve sugestiva,
Hermosa como un ensueño,
Con atracciones de imán
Y los fulgores de un templo.
Pero ¡ay! es loco pensar
Lanzarse a ese río revuelto:
Andrés Navarro, en La Línea,
Fué vencido y está preso;

Murió Juan Chávez peleando;
Chanito también es muerto;
Al lado del Horacismo
Está de firme Demetrio;
Todos los hombres de acción
Enemigos del Gobierno,
Se pudren en calabozos
O enfrudo confinamiento.
—«La lucha es un imposible!
No cabe en sano cerebro!»—
Exclama viéndose un nadie
Frente al contrario soberbio.
Y con tristeza infinita,
Que se trasluce en sus gestos,
Sigue paseando las calles,
Cruzando los vericuetos,
Cuando de pronto que suena
Un campanaso estupendo.

. . . . . .

De acuerdo los Generales
Presos, con los confinados,
Dieron el golpe de audacia
Del día veintitrés de Marzo.
Era lúnes, y a la una
Tuvo principio el fandango,
Con un coraje demente
Por uno y por otro bando.
Tomada la Ciudadela
Después de miles disparos,
En que cayeron sin vida
O heridos, algunos bravos;
El Parque y el Arsenal
De los rebeldes en manos;
La Gobernación cogida,
Cogido también San Carlos;
Los amigos del Gobierno

Vencidos en todo el campo.
Se vieron en la precisa
De «arriar» bandera; pelearon
Con un empuje de toros.
Pero parece que al Diablo
No le tenían muy contento
Y se pasó a sus contrarios.
Son dueños de la ciudad
Pedro Pepín, Don Ricardo,
Los Febles, los Espaillat.
José Brache, Andrés Navarro,
Juan Rojas, Dionisio Frías.
Cabo Millo y otros tantos
Que horas antes figuraban
O presos o confinados,
Y como Jefe de todos
El General Alejandro,
Un «sportman,» con gran fama
De inteligente y.... barraco!
Con los políticos saltan
De sus calabozos ásperos
Y luchan en triste unión,
Centenas de presidiarios.
Por todo el recinto se oye:
«¡Vivan los bolos, caracho!
¡Viva la revolución!
¡Abajo el Chivú de Horacio!»
En medio al recio fragor
De los contínuos disparos.
Cesan los tiros al fin
Pero la ciudad en pánico,
Mas parece un aquelarre
Donde han ido congregándose
Todas las brujas feroces
Que habitan los negros antros.
Ricaurte, como valiente

Portóse en el rudo asalto,
Siendo junto con Manzueta
De los que tomó a San Carlos.
Rendida la Capital
Pidió de una tropa el mando,
Para hacer allá en su pueblo
Otro veintitrés de Marzo,
Pero todos le dijeron
—«No seas novicio muchacho!
Si dividimos las fuerzas
La causa debilitamos.
Se ha pelado la cabeza
Falta desollar el rabo;
Entre poco nos vendrá
Encima medio Cibao,
Con Aquiles, Cordérito
Y otros intrépidos gallos,
Y hay que estar hombro con
(hombro
O fletar el primer barco.
Aceita tu brogocito
Cuélgate un Escapulario,
Y escribe tu testamento
Que está la vida en un canto.»

. . . . . .

Sobre la Ciudad en armas
Salen del Cibao las fuerzas;
Horacio Vásquez las manda
Y anima con su presencia.
Vienen a marchas forzadas
Y en el poblado de Guerra,
Sufre su primer derrota
La causa de la revuelta.
En Villa Duarte de nuevo
Furiosamente tropiezan
Y otra vez los de la Plaza

Atosigados, repléganse.
En San Carlos el desastre
Su lívida faz ostenta,
Cuando cayendo Perico
Y otros Jefes, se ve expuesta
La ciudad por todas partes:
No le queda otra defensa
A los facciosos que alzar
Barricadas y trincheras.
Y desde los viejos Fuertes,
De noche y de día, sin tregua,
Cañonear al enemigo
Y ocasionarle molestias.
La fé se pierde en la causa,
Muchos asilarse piensan,
Encajando aquí, de oro,
Esta verídica anécdota.
Un Jefe de la facción
En una noche siniestra.
Del Consulado alemán
Tocó, jadeante, a la puerta.
Era Cónsul un turpén
Batallador en su tierra,
Mereciendo sus servicios
Varias cruces y encomiendas,
El cual al ver al fugitis.
Y oír las descargas recias
De la lucha en su apogeo,
Le dijo con faz severa:
—«Aun se baten sus soldados!
Su honor aquí se desmembra!»—
Otros que tenían segura
En sus hombros la cabeza,
En rendirse bajo «pacto»
Con tenacidad se empeñan.
A ello se oponen, furiosos

Vasallo Chalas, Manzueta
Y otros de los que temen
Al Homenaje y sus rejas,
Cayendo en «trapas pantrapas»
Urdidas por la «ermenéutica.»
Triunfan por fin los audaces
Que están por la resistencia,
Siendo uno Juan Ricaurte
De los que más se fermentan.
Ruje de nuevo el cañón.
Medio San Carlos se incendia;
Mueren Cordero y Aquiles,
Y la adversidad se ceba
Ahora en los sitiadores.
Cuyas huestes dispersas.
El pánico van cundiendo
Por pueblos, valles y selvas,
Desplomándose su causa
Como una muralla vieja,
Entre los ¡hurras! del Diablo
Y el ¡ay! de la Patria enferma.

. . . . . .

—«Al Comandante Chiripa
Que si es guapo que me espere
—General, por los Cevicos
A lo menos va va ese.
El diez y ocho fué el pleito
Y ya iba el diez y nueve
Camino de Tamboril
Con toditos sus motetes.
—Cobarde tenía que ser
Ese tonto mequetrefe;
Lo perdono que no mancho
Con sangre de cualquier quéquere
Mi grado de General
Ganado bizarramente.»

III

Como puede suponerse,
Juan Ricaurte fué nombrado
Comandante de su pueblo,
En medio del entusiasmo
De cuantos le conocieran
Desde que era muchacho,
Y le creían incapaz
De abusos y batutazos.
Su matrimonio con Pimpa
Fué deslumbrante de fausto,
Siendo padrinos de boda
El General Alejandro
Y otros Jefes de la hombrada
Del día veintitrés de Marzo.
Recorriendo las Secciones
Anda siempre, casi a diario,
Los batallones rurales
A la criolla organizando,
Y persiguiendo con fruto
A las legiones de vagos,
Que son el azote fiero
Del que trabaja en los campos.
En todas partes le miman,
Las hembras buscan su trato,
Hasta el punto que podría
Hacer la vida del gallo,
Si no fuera porque es
De gustos tan moderados,
Que se conforma teniendo
Solamente tres o cuatro,
Eso sí, todas pimpollos
De quince a diez y ocho años.
En la carrera política,
Con el pensamiento en alto,

Ya sueña con Ministerios,
Y tal vez con ser el árbitro
De una situación triunfante
Al empuje de su brazo;
Que desde Pedro Santana
De Marte, los hijos dalgos
Han sido del predio criollo
Los únicos soberanos.
Pimpa quisiera atraerle
A un porvenir menos ámplio,
A la vida de otros tiempos:
Pero no está nuestro bravo
Para escuchar complacido
Esos apacibles cantos
«Ya verás—le dice a Pimpa—
Como subiendo al Palacio
Desde allí dicto la ley
Y se acaban los bellacos.»
Ella triste suspiraba,
Teniéndole miedo al charco;
Y es que a veces las mujeres
En un lijero vistazo,
Abarcan más que la luz
De los más vivos relámpagos.

. . . . . .

No tenía la situación
Sino meses de formada,
Y ya claro se veía
Que su vida era precaria.
Los «bolos» no satisfechos
Porque Don Juan no mandaba,
Y los «colúos» ofendidos
Por la paliza de marras,
Se dieron la mano zurda
En convención morgánica
Carlos Morales Languasco

Pronúnciase en Puerto Plata;
Demetrio en un dos por tres
La Línea Noroeste inflama;
Huye Deschamps de Santiago,
Y todo el Cibao en armas
Con Epifanio, Guelito,
Los Cabrera y otras águilas.
Cayó como terremoto
Sobre la Ciudad Romántica.
Los pobres de «colituertos»
El peso de la avalancha
No pudiendo soportar,
Alzaron bandera blanca.
Por el Baluarte del Conde
Entre vivas entusiastas,
Cruzan los jefes invictos
Seguidos de sus meznadas,
Unos a pedir raciones,
Otros Provincias o Aduanas;
Pero aun no se han limpiado
El lodo de las polainas
Cuando el clarín vocinglero
Toca de nuevo a matanza.
Como en el pacto de unión
Las diestras quedaron francas,
En ellas, incompasivos,
Los rudos sables levantan,
Acometiéndose, ciegos,
Buscándose las entrañas,
Que no es de todos ¡qué va!
Lo que se nombra la Patria
Sino de aquellos que tienen
Más vigorosas las garras.
«vivan los bravos leones!
Viva la gente barraca!
Los toros embestidores!

Los gallos espuela larga,
Que cuando pican al buche
Hay que rezar a las ánimas!»
Juan Ricaurte en su Común
Cuando perdióse la causa
Frágil de los «colituertos,»
Entregó la Comandancia
A los que fueron por ella,
Y en la «Desunión» infausta,
A los «bolos» se sumó:
La escena es propia del drama,
En el cual un Ministerio
Seguramente le aguarda,
Y quizás si algo mejor
Que todo es cuestión de «bragas»
Y se siente que le sobran
Coraje, valor y audacia.
Seguido de sus parciales
Camina a paso de carga,
A sitiar la Capital,
En cuyas viejas murallas
Finca el partido «colúo»
La base de su esperanza,
Pues los «bolos» señorean
En todas las demás plazas.
«Ahí los acabaremos!»
Dice con voz de campana,
Uniéndose con los jefes
De las legiones de Azua,
Que ocupan a San Jerónimo
Y las vecinas estancias.
No contaba Juan Ricaurte
Con que la Villa Romántica,
Tiene cuando le parece
Testarudez de muchacha,

Y si se aferra en que «nó!»
Ay, del que toque sus ancas!
. . . . . .
Antes del amanecer,
Por el camino de Giiibia,
Prontas a entrar en acción
Van cautelosas guerrillas.
Son los sitiados que hacen
Una temprana salida,
Para cojer de sorpresa
En las estancias vecinas,
A la gente sitiadora
Que duerme, como bendita,
Confiando en los centinelas
Que silenciosos atisban.
De pronto nubes de balas
Entre los cocales silvan,
Y el pánico se apodera
De las avanzadas cívicas,
Compuestas de campesinos
De los muchos que se alistan
Para comer de las reses
Ajenas que se vendimian,
Y marotear cuanto pueden
Por todas las cercanías.
Juan Ricaurte se levanta,
«Alto, cobardes!» les grita,
Pero ya nadie le oye;
Empuña su carabina
Y quiere batirse solo
Contra la gente enemiga,
Pero balazos cesteros
Siniestramente le pinchan,
Cayendo sobre la yerba
Con espantosas heridas.
Los vencedores le cargan

Y con piedad infinita,
Los auxilios de momento
Más útiles le prodigan;
Con viejas tablas que juntan
Una camilla improvisan
Y al Hospital Militar
Lo llevan a toda prisa.
El diagnóstico es fatal:
Es joven, puede que viva,
Pero un brazo y una pierna
Hay que amputar, «Pimpa, Pimpa!
—Solloza el mozo infeliz—
Ya veo lo que me decías!
Mal haya cuando dejé
En abandono mis fincas,
Y me lancé de Quijote
Tras la grandeza política!

PATRIOTICA

26 de Febrero de 1913.

A mi cuñado José Ma. Travieso.

En el Sagrado Baluarte
Sinaí de la Epopeya,
Habla la sombra de Duarte
Con las de Sánchez y Mella:
«Qué se ha hecho nuestra herencia,
La gloriosa Independencia
Que con afanes prolijos
Legamos a nuestros hijos?
En cuanto la vista alcanza
Solo se contemplan ruinas;
Entre sirtes y neblinas
Va sin rumbo la esperanza;
Como un harapo cualquiera
Flota la heroica Bandera,
Y cuando más necesitan
De amor las Instituciones,
Más vociferan y gritan
Satánicas, las pasiones.»—
Y las sombras se agitaron,
Como que se enternecieron,
Silenciosas se abrazaron
Y un triste ¡adiós! se dijeron.

VENGANZA CAMPESINA

A José R. López.

Antonio, mozo sencillo,
Tenía amores con Eudoxia,
La hembra más atrayente
Que en todo el Valle de Ocoa
Produjo el cruce de sangre
Del español con la criolla.
Cuando salía de paseo
Luciendo su zaya corta,
Fragante como una flor,
«Dios te guarde, buena moza,»
Decían tirando a sus plantas
Con reverencia, las gorras,
Los mancebos más gallardos
De leguas a la redonda.
Antonio loco por ella
Y ella por Antonio, loca,
No pudiendo celebrar
Honestamente sus bodas,
Pues los padres de la niña
Encontraban las alforjas
Del galán, sin competencia
Con el rango de los Porras,
(Apellido linajudo
De los padres de la Eudoxia)
Se fugaron una noche
Cogiendo rumbo a «las lomas.»
En la falda de un pinar
Y en una mísera choza,

Hecha de «teja-maní»
Y mal cubierta con hojas,
Ocultando su pasión
A las miradas curiosas,
Pasaban juntos los días
Libres de graves zozobras,
Durmiendo como benditos
En rústica «barbacoa;»
Despertando con el alba
Como las aves canoras
Que poblaban de armonías
Esas soledades hoscas;
Comiendo mucho guandul
Pero con el alma toda.
Llena de dulce contento
Y de retazos de gloria.
Mas, el Diablo que no duerme
Y es gran amigo de bromas,
No satisfecho mirando
Almas humanas sin sombras,
«Es preciso que esto acabe!»
Dijo, con mirada torva,
Y sopló en los oídos
De los linajudos Porras,
Donde estaba la pareja
En intimidad de tórtolas.

.....

Tan pronto como los padres
De nuestra bella muchacha,
Se dieron cuenta que había
Abandonado la casa,
En unión con el galán
Que tanto menospreciaban,
Convocaron sus parientes
Y todos, llenos de rabia,
Juraron que era preciso
Con sangre vengar la audacia.

«Nunca es tarde!—se decían—
Para lavar nuestra casta,
Y que brille nuevamente
Exenta de toda mancha!»
Y fieles a la consigna,
Cada vez que se encontraban,
Repetían como si fuera
El dicho blasón de raza:
«Nunca es tarde para un Porras
Tomar cumplida venganza!»
. . . . . .
Al saber los agraviados
El sitio seguro, cierto,
Refugio de la pareja.
Se convocaron de nuevo,
Para poner sin tardanza
En planta lo ya resuelto,
Que era cojer al raptor
Y darle muerte de perro.
Para el caso, por la noche
Irían todos en silencio,
Ocupando uno por uno
De la loma los senderos;
Pegarían sin compasión
Al rancho de paja, fuego,
Y moriría achicharrado
O a sablazos, sin remedio,
Al huir, despavorido,
De las garras del incendio.
Pobres Antonio y Eudoxia!
En los precisos momentos
En que se duermen tranquilos
Después de un millón de besos,
Templando el frío de la altura
Con el calor de sus cuerpos,
Como cabras cimarronas
Por los cantiles estrechos

De la loma, sus jurados
Enemigos trepan, ciegos,
Con intenciones de tigres,
Con voracidad de cuervos!
.....

La noche es boca de lobo:
Está durmiendo la luna,
Y unas sombras cautelosas
Que a trechos su paso alumbran
Con sendos «jachos» de cuaba,
En la planicie se juntan.
Todos armados de sables
En las diestras iracundas,
Esperan la voz de mando
De una cara cejijunta,
En la cual el odio ciego
Ha puesto un montón de arrugas.
«Vengan cuatro! —dijo el hombre—
Y caven la sepultura
Ancha y honda, donde quepa,
Y bien cómodo se pudra!»
.....
.....
.....
.....
.....
.....

«Ahora recemos un Credo
Por su alma en la penumbra,
Como cristianos que somos,
Para que, con esa ayuda,
En su viaje al otro mundo
Por el camino no sufra!»

.....
.....
.....

«Un grupo cerque la casa
Y....ojo! vigilancia mucha!
Cuando salga, ya lo saben:
Filó con él, filo y punta!»

.....

«Otro grupo a las veredas
Por si, con alas de bruja,
En los primeros ataques
Solamente se le aruña;
Y dadme el mejor tizón
Que mi mano no renuncia,
A la gloria de ser ella
La que principia la música!»

.....

¿Qué pasó poco después?
Llamas que a los cielos suben;
Un hombre y una mujer
Que desatinados huyen;
A la mujer que se agarra,
Al hombre que se le hunden
Veinte sables en el cuerpo,
Y el Diablo desde una nube
Mirando el drama sangriento
Con su mirada más dulce,
Y diciendo a los de Porras
«Así, colegas, se cumple!»

ANTAÑO Y OGAÑO

A Luis Bernard.

Cuando en años juveniles
¡Qué lejos tan dulces años!
Un mozo de pelo en pecho
Se moría por los pedazos
De una muchacha de aquellas
De contornos soberanos;
Sencillas como las flores
Y puras como los astros;
Sin afeites en los ojos
En las mejillas y labios:
Que iban a misas y salves
Creyendo en Dios y los Santos
Y al acostarse rezaban
Precaviéndose del Diablo,
A falta de otros cumplidos
Más finos y aristocráticos,
Le decía muy frescamente
Y sin retóricos trapos:
«Por tí que me salga un muerto,
Por tí que me parta un rayo!»
En estos tiempos de luces
Las cosas cómo han cambiado!
Como «piropo» a las mozas
Es el cumplido más alto
Decirles dizque «libélulas;»

Y cogiendo el Diccionario,
Me instruyo que viene siendo
Sinónimo de gusano.
Qué diferencia en cumplidos!
Aquellos serían más bárbaros;
Pero los nuevos en uso
Ese feo terminacho
Como incienso para un ser
Casi de divino rango,
Por su misión en el mundo
Y deliciosos encantos,
Podrá ser de mucho «chic»
Y «ultra» civilizado.
Pero me crispa los nervios.
¡No en balde crecí jugando
El juego de l«San Andrés»
Y tras la Cruz de los Barrios!

BIBLIOTECA NACIONAL

SILUETA

A Andrés J. Montolío.

Ni «Byron,» Ignacio Guerra,
Amadeo, Recio y Amiama,
Le llegan a los tobillos
En cuestiones de Finanzas.
Este sí que tiene ingenio! (1)
Y cómo con dos palabras
Realiza el mejor problema
Para la gente empleada.
¿Qué uno dice que no tiene
En el día para la paila?
—«No te apures, ven ahorita,
O, más seguro, mañana,»—
Y esto con una sonrisa
De beatitud que contagia.
Como es natural, aquél
Que le escucha, entra a su casa
Taconeando con firmeza,
Alegre como unas Pascuas,
Y le dice a la mujer:
—«La lavandera y la criada,
La pulpería de la esquina,
La escuela de las muchachas
Y cuantas cosas te abruman
Serán resueltas mañana.»—
—«Eureka!»—grita la esposa,

Y hasta le asoman sus lágrimas
Por la dicha que la nueva
Intimamente le causa,
Pensando en salir de todas
Sus deudas y algunas faltas
Con el sobrante llenar,
Pues es cosa averiguada
Que en el hogar de los pobres
Cuando hay pan, de harina mala,
Es cuando ya los zapatos
Ni medias ni zuelas aguantan,
Y se debe al «sursum-corda»
Y no hay una buena sábana.
Pero llega el otro día
Y se repite la plancha:
—«No te apures, ven ahorita,
O, más seguro, mañana.»—
¡Qué marchante, Dios piadoso,
En cuestiones de Finanzas!

---

(1) Don Paco Córdoba, en 1912.

TENORETES

A Américo Lugo.

¿Te acuerdas? Un Viernes Santo
Estábamos en el Templo
De Regina, unas muchachas
A todas partes siguiendo.
Tú estabas vuelto «tarumba»
Por el palmito soberbio
De una azuana archiducal
Rica trenza y ojos ébanos,
Que Nicolasa Billini .
Tenía interna en su Colegio,
Y la cual bajo las naves
Ensimismada en sus rezos,
Semejaba, sin hipérbole,
Un querubín de los cielos.
Me parece estar mirando
Los avinagrados gestos
De la digna Directora.
Al notar en seguimiento
De sus pasos por la Iglesia
Dos atrevidos mancebos.
¿Entraba en la Sacristía
Con sus pimpollos al diestro?
Colábanse allí seguido
Con fisonomías de frescos.
¿Se arrodillaba? A dos pasos

Situábanse al punto ellos.
¿Andaba por las Capillas?
De cola servían los tercios.
No pudiendo contenerse
Dijo con terrible acento
A unas viejolas: «Hermanas,
Un Padre Nuestro recemos
Por la tanta irreverencia
De algunos, hoy, en el Templo.»—
Y doblando la rodilla
»Padre Nuestro, Padre Nuestro»
Dijimos tú y yo coreando
A las beatas del rezo.
¡Qué distantes se divisan
Aquellas horas, Américo!

ESOS MUCHACHOS!

A Arturo Logroño.

Hacen muchísimos años
Conocí por «Fundación,»
Un campo de Barahona,
A un «Letrado» retador,
Que se pasaba los días
Buscando, de sol a sol,
Con quien andar discutiendo
Como un bendito de Dios.
Con la Biblia bajo el brazo
Y un aplomo de Doctor,
Decía el hombre cuando hallaba
Con quien trabar discusión:
«Lo dice San Agustín,
El gran sabio Salomon,
El buen profeta Isaías,
Abraham, Isaac, Jacob.»—
Y la gente del contorno,
Que no conocía la O,
Escuchando a su paisano
Con viva satisfacción,
—«Es el hombre que más sabe»—
Decía, ahuecando la voz.
Con las críticas actuales
Me está pasando, por Dios,
Algo que tiene contacto

Con aquella situación.
—«Que Aristóteles, que Sócrates;
Que así lo dice Platón:
Que Sarcey, ese Pontífice;
Que Juan Jacobo Rouseau.
Que Kant así lo demuestra,
(Un alemán que no es Von
No me parece que debe
Ser hombre muy superior)
Que la crítica moderna
Y el toro Remy Gourmont;
Que Nietzche y el Superhombre»
Y oyendo estas cosas yo
Que de historias y de críticas,
Lo confieso sin rubor,
Sé tanto como cualquiera
Que no conozca la O,
«Estos muchachos si saben»
Digo, ahuecando la voz,
Lo mismo que los palurdos
Del campo de Fundación.

EL REVOLEO

A Pepe Hungría.

Un instante, amigo Pepe,
De buen humor aprovecho
Y cumplo con tu capricho
Salpimentando en un cuento,
Aquella historia prosaica
Que te referí hace tiempos,
Que termina: «Ustedes mazcan
Y yo solo revoleo.»
Voy con gusto a complacerte
Pero mi relato empiezo,
Recordando otras hazañas
De ese tiburón doméstico,
Que devoraba tranquilo,
Solo hablando del almuerzo,
Un «debo» de varias libras
De buena res o de cerdo,
Una tortilla «moñúa,»
Arepas, fritos, pan, queso,
Un jarrón de chocolate
Y una mano de guineos,
Y se quedaba buscando
Lo que quedara mal puesto.
Matías Pimentel se llama
Ese avestruz, ese cuervo,
En todo el Sur conocido

Como gastrónomo y medio.
Desde mocetón comía
Con desparpajo perverso,
Y cuentan que sus hermanas
Pasaban ratos tremendos,
Pues a diario las privaba
De parte del alimento.
Aguardaba, cachazudo,
La hora del discreteo
Con los futuros esposos,
Y el guarda comida abriendo,
Devoraba cuanto ellas
Habían dejado en receso.
Cuando los novios se iban
Ya el marchante estaba lejos,
Limpiándose los caninos
Como afilando sus «jierros»
Por si encontrabo en la ruta
Donde probarlos de nuevo.
En el pueblo de «Las Damas» (1)
Un paraíso en pequeño
Por sus indias imperiales
De lujuriosos cabellos,
Caderas amplias y ojos
De los que producen vértigos,
Pasé unos días con mi hombre
Debajo de un mismo techo.
Nos desmontamos en casa
De un simpático sujeto,
Vitalicio Secretario
Del Ilustre Ayuntamiento,
Del Jefe de la Común
Y del Alcalde; otros puestos
Sin duda desempeñaba

---

[1] Las Damas hoy Común de Duvergé

Que de pronto no recuerdo,
No es preciso recordar
Pues que no son de mi cuento
Yo salía por las mañanas
A curiosear por el pueblo,
Regresando a la posada
A la hora del almuerzo,
Y desde que el buen Matías
Me divisaba de lejos,
A la mesa se acercaba
Estas palabras diciendo:
«Déjame ir empezando
Por este plato de huevos
Porque puede ese muchacho
Darme «capú» si me duermo.»
Cuando sentarme lograba
El plato ya estaba medio.
Y ahora, Pepe, ya soy tuyo,
Vamos, por fin, a tu cuento.
En Azua y en un velorio,
En busca de pasatiempos,
En el año ochenta y siete.
¡Hasta del año me acuerdo!
Estábamos una noche
Luis Pertier, Tomás Oviedo,
Oscar Ortiz y otros tipos
Que ya vamos para cuescos.
Dispusimos una cena
Donde un vecino del muerto,
Con dos pollonas y mantillas
Y otros tantos aderezos,
E invitamos al marchante,
Porque gozábamos viendo
En toda ocasión propicia
Ese apetito sin término.
Yo no sé cuál de nosotros
Le dijo en tono de reto:

—«Apriete, vale Matías,
Mire que va para viejo
Y si se descuida un poco
Nos lo llevamos de encuentro.»—
Con la confianza del que
Está de sí satisfecho
Y en esa clase de guerra
Es General estratégico,
Alzó el hombre la cabeza
Y dijo, siempre engullendo:
—«No se apuren mis hijitos;
Atrás yo nunca me quedo,
Porque al fin, Ustedes mazcan
Y yo solo revoleo.»—
Sólo me falta añadirte
Que me anuncian por telégrafo,
Que pronto a la Capital
Vendrá el hombre de mi cuento.
Ya pasa de los setenta
Y a su apetito famélico
Solo quedará el compás
Como a los músicos viejos;
Pero con todo, si gustas,
Dispones unos cien pesos
Y le convidas un día
A un modestísimo almuerzo.
A Logroño y Juan Durán
Que gozan fama de intrépidos,
Por sus "batallas" de ahora
Que eran "simples tiroteos,"
En los días de Fello Gómez
Chicho García y otros tercios,
En el «Fausto» o en «Versalles»
Ese Padrote les suelto;
A que si luchan con él
Llaman a Moncho, corriendo,
Vueltos tarumbas en brazos
De algún desastre apoplético.

EN BROMA

A Panchito Sanabia.

Hacen algunas centurias
Arribaron a estas tierras
Viniendo de las Españas,
Pizarro, Cortés, Ojeda
Y otros recios Capitanes
Cuyas hazañas tremendas
Parecen cosa de fábula
¡Qué peligrosa la espuela
De los gallos que vinieron
A conquistar las Américas!
El indio era belicoso
Pero tiraba con flechas,
Arma tan poco temible
Como hoy una escopeta,
O un archivado fusil
De los antíguos de yesca:
De modo que la conquista
Si morosa, un poco lenta,
No fué tanto por los hombres
Como por las cordilleras,
Los ríos de inmenso caudal
Y bosques de muchas leguas,
En que los más inocentes
Obstáculos de la tierra,
Eran mosquitos voraces,

Formando nubes inmensas
Millones de co odrilos.
De tigres y de culebras.
¡El Diablo mismo temblaba
Al divisar una selva!
Pero sucedió que al fin
Hubo una especie de tregua:
El hispano era galán
Y la india buena hembra,
Con muchísimas cosquillas
Y una plástica soberbia.
Y pensaron que mejor
Que cruda, porfiada guerra,
Era juntos trabajar
Y hacer hijos por docenas.
Y así las cosas siguieron
Hasta que los nietos de ellas
Y de aquellos Capitanes,
Quisieron ser en sus tierras
Hombres completos y libres.
Y vino la Independencia,
Bañando de resplandores
Como un sol, toda la América.
Ahora, según los decires,
Tenemos conquista nueva:
Salió hace tiempo de España
Y estos lares atravieza,
Del Atlántico al Pacífico
De Patagonia al Atteras,
Una extraña señorita
Que con la cara muy fresca,
Se filtra por las ventanas
Y las cerradas vidrieras;
Que va mucho a los Teatros,
Los Parques y las Escuelas:
Que no tiene Religión
Pues en las mismas Iglesias

Se zampa con desparpajo
Y da pellizcos y besa
Hombres, mujeres y niños,
Sin respetar ni las viejas.
Y tiene un bonito nombre
Pues que se llama "Influenza."
¡Qué chivitos comparados
Con esta chica perversa,
Resultan los tutumpotes
Pizarro, Cortés, Ojeda,
Y demás ejecutivos
Conquistadores de América!
Pero ya no son los tiempos
De la conquista primera;
El indio actual tiene armas
Y de su lar en defensa,
Está preparando cuantas
Disposiciones higiénicas
Exigen las circunstancias
Del nuevo estado de guerra.
Ya tenemos Sanidad
Que no dispara con flechas,
Ni con fusiles de chispa,
Ni mohosas escopetas,
Y ya sabrá de chicote
La señorita "Influenza."

HISTORIA ANTIGUA

A Víctor de Castro.

«Malú,» cariñosamente
Sus amigos le llamaban,
Que eran muchos y de todas
Las clases, pintas y castas.
En su limpio Restaurant
Frente a frente de la estatua
Del Gran Genovés que dió
Todo un Continente a España,
Por las tardes se reunían
Muchos del a aristocracia,
Jugando el café o el dulce
Ante un tablero de Dama.
En otros departamentos
Las cosas eran más trágicas,
Porque los dados, el golfo,
La ruleta y otras cátedras,
En prédica noche y día,
Eran a modo de nazas,
Pescando a cuanto «parguito»
Se movía por esas aguas.
Tras de los tercios en lucha
Casi nunca escaseaban
Los grupos de «obenqueadores,»
Aficionados en «prágana»
O cesantes que allí iban
Llevados por la esperanza
De que amigos acertasen
Algunas buenas "paradas,"
Para tener la almuerzeca
Sin esfuerzo un poco clara,

Hasta lograr nuevo arrimo
A las ubres de la Patria.
¡Cuántos hogares ponían
Por ese medio la paila!
«Malú,» sea dicho en su honor,
Tenía muy sensible el alma,
Un peso nunca escondía
Para un amigo en desgracia;
Pero a veces la fortuna
Le daba, brutal, la espalda,
Como hembra veleidosa
Y llena de malas mañas,
Y andaba el hombre al garete,
El sombrero a media calva,
Renegando de la vida,
Maldiciendo las «bitácoras»
Y poniendo bajo peña
Hasta el pelo de las barbas.
En un día de los más turbios
De una pésima semana
En que cientos de esterlinas
Había perdido a la talla,
Llegó un amigo de esos
Que desde la tierna infancia
No han tenido más nodriza
Que los brazos de la «fusácata,»
Y se puso a enumerar
Todas sus miserias bravas.
«Malú» le oía como en sueños,
Con la vista un poco baja,
Pero de pronto fijando
Una afligida mirada
En el parlante, le dijo:
—«Desnúdate sin tardanza.»
—«Pero «Malú,» ¿para qué,
Me quieres en forma adánica?»
—«Para que parquées y nades
En el charco de mis lágrimas!»

MI GALENO

A Moncho Báez.

Decían por Santa Bárbara
Cuando el quebranto siniestro,
Que por poco te hace ver
Las barbas al Padre Eterno,
Que el hipo fué consecuencia
De una comida de queso.
Y un chusco dijo:—«Mentira
Parece que todo un médico
Que goza fama de agudo,
No pensara en un remedio
De sencillez primitiva
Y de seguros efectos.
Lo mejor en estos casos
Es cojer un ratón, presto,
Y ponerlo a que no deje
Ni las sarrumas del queso.»—

OCIOS

A mi compadre Pipí Troncoso.

Cuando a los pueblos ataca
El delirio de grandezas
Y todos quieren ser Reyes
Y todas quieren ser Reinas,
No hay médico que los salve;
Tienen podrida la médula.
La otra mañana pedía
En casa, la cocinera,
Tres meses anticipados
Porque su hermana Ecudemia
En la corte de su barrio
Figuraba de Princesa,
Y necesitaba trajes
Para asistir a las fiestas.
Y en las calles y las plazas
Topamos a cada vuelta,
Con un «zar» de San Miguel;
Un «Kaiser» de Ciudad Nueva.
Un «Sultán» de Villa Duarte
Y otras y otras etcéteras,
Que andan graves, campanudos,
Como Autócratas de veras,
Hablan de «nos» y dan títulos
Y tienen horas de Audiencias.
Y lo peor es que estos

Emperadores de Chepa,
Se parecen a los otros
En que a sus pueblos aprietan
Y no le dejan reunir
A nadie cuatro pesetas.
A cada paso son rifas
O alguna función benéfica
(Cuya mitad se consume
En triquitraques, orquesta
Y preparar los programas
Rimbombantes de la fiesta)
O señoritas que atacan
Con palabritas tan tiernas,
Y miradas y sonrisas
De tan divina potencia,
Que hay que rendirse y pagar
Y . . . . suplicarles que vuelvan.
Tengo un amigo que guarda
Metido entre ceja y ceja,
Todo el léxico novísimo
Que ha producido la guerra,
Y que aplica el muy tunante
Cada vez que hay una juerga
¿Una esquela perfumada?
—«Tenemos mina secreta
Que al tocarla ya verán
Como los mónises vuelan.»—
¿Dos niñas en automóvil?
—«Tamaña batería eléctrica!»
¿Una función destinada
A pura beneficencia?
—«Bajo esas aguas diadosas
Un submarino navega!»—
Y según los varios casos
Que a su estudio se presentan,
Hay «Tanques» y «Zeppelines»

Aeroplanos y trincheras,
Nubes de gases mefíticos
Y gruesos cañones Berthas.
Algunos que me conocen,
Dirán, riendo, que mis piernas
Inservibles, son la causa
De que critique las fiestas,
Pues sobrado tropecé
Por las oscuras callejas
Detrás de fiestas de Cruz
Y otras varias menudencias
Lo admito; pero si soy
Moralista por la fuerza.
No por eso esta verdad
Dejará de ser eterna:
Cuando a los pueblos ataca
El delirio de grandezas
Y todos quieren ser Reyes.
Y todas quieren ser Reinas
No hay médico que los salve:
Tienen podrida la médula.

MI OFRENDA

A Carmen Figueroa, Reina de las fiestas Pascuales.

Soy un viejo rimador,
Enfermo y triste bohemio,
Que no busca ningún premio
En esta fiesta en tu honor.
Recibe, pues, esta flor
De mi jardín agostado,
Y acójela con agrado,
Aunque no luzca su poma
Los matices y el aroma
De tantas que has inspirado.

Nunca en frente más hermosa
Una corona de fiesta,
Pues eres gentil y apuesta
Como una pagana diosa.
Cuando cruzas, deliciosa,
Siendo luz, ritmo y placer,
Me olvido de tu poder
Y atributos soberanos,
Y solo aplauden mis manos
Las gracias de la mujer.

Que sea tu breve reinado
De unión y de simpatías,

Y de tantas alegrías
Como tu mente ha soñado.
Y el recuerdo perfumado
Perdure con fuerza tal.
Que no haya Fiesta Pascual
En que tu nombre de flor,
No brille con luz de amor
Y esencias de madrigal.

CRIOLLA

A Luis Alemar

Recibí tu invitación,
Estimado amigo Lcúas.
Y atento a lo que me dices
Mis condiciones escucha!
Desde el sábado me mandas
Un caballo o una mula,
De suave, ligero paso,
Sin manoséos ni figuras,
Para el domingo, temprano,
Cojer el trillo en tu busca,
Al fondo de esos conucos
Donde la vida refugias.
Te preparas un sancocho
Que tenga plátanos, yuca,
Y cuanta «vianda» sabrosa
Digna de mí te presúmas.
Si gallinas de guinea
Por esos campos abundan,
Arroja sin compasión
Siquiera en la paila, una,
Que es bocado, no te olvides
Que con extremos me gusta.
Después un buen majarete,
Y para luego, boruga
Con casabe de Los Minas;

Ya verás que no son muchas
En lo tocante al «yanteo»
Mis necesidades, Lúcas.
Para que haya alegría
Estimado amigo, juntas
Todos los mozos y mozas,
Que de joviales presuman
Para jugar a las coplas
Y oírlos lanzarse pullas
Y francas declaraciones
Improvizadas y rudas.
Es una gran diversión
Y es tanto lo que me gusta,
Que horas largas he pasado
Mirándolos como sudan
Persiguiendo un consonante
Que endemoniado se oculta.
La postrera vez que fuí
A esas poéticas justas.
Aprendíme varias coplas
Y aquí te traslado algunas:

—«Caminito de Baní
Corre el arroyo Guazuma;
Se parece a tu cariño
En que se va con la turbia.»
Rumba!

—«Si el pajarito voló
Solo tú tienes la culpa;
Ya volverá cuando dejes
A la tuerta y a la rubia.»
Rumba!

—«Morenita de mi vida
Desde que te vi, progunta
Si no he dejado el cachimbo;
Lo que me pasa calcula.»
Rumba!

—«Ponte vivo a trabajar
Que cuando siembres la tumba:
Ya veremos si mis manos
En la cosecha te ayudan.»
Rumba!

—«Te quiero más que a mi perro
Y mucho más que a mi burra
Y si te pido un abrazo
Me dices siempre que nunca.»
Rumba!

—«El hombre que me desée
Al alcance de sus uñas,
Ha de pasar por la Iglesia;
Si no es así, ni con yuca!»
Rumba!

—«No me vengas con jirbanes
Ni con tantas aleluyas,
Que con la jacha no hay palo
Que tenga cáscara dura.»
Rumba!

—«Cuando la rana crie pelo
Y se sancochen las búcaras
De la paloma que soy
Tendrás a pasto la injundia.»
Rumba!

—«Ando buscando una jembra
A quien matarle las pulgas;
Si con las tuyas tropiezo
No dejo ni las sarrumas.»
Rumba!

—«Tú no llegas a careo
Ni a la pelea muy profunda.
Que eres hijo de manilo
Y de gallina fatula.»
Rumba!

—«Cuando pasas por mi vera

Con tu gracia y tu sandunga,
Pongo a tibiar el café
Y lo bebo sin azúcara »

Rumba!

—«Tú eres muy relambío
Pero primero difunta,
Que ya sé por la rigola
De tu «cuencuén» con Tiburcia»

Rumba!

—«Desde la noche de vela
En casa de Comai Cucha,
De mis manos no sé cuál
Es la derecha o la zurda.»

Rumba!

—«No me atajes. no me aseches,
Déjame quieta y no sufras,
Que el hombre, según mamita,
Es familia de Pezuña.»

Rumba!

—«Cuando venía del conuco
Ví volar una lechuza.
Y me acordé de tu mama:
Tiene la misma figura.»

Rumba!

Por estas muestras verás
Estimado amigo Lúcas,
Que las coplas campesinas.
Sin gerónimo de duda.
Debieran estar de moda
Porque son el «non plus ultra»
Y para acabar el día
No descuidemos la música.
Pero no pienses en Cheo:
En Cerón ni Chucho Luna.
Con sus tangos. «Juan Estés,»
El «Foxtrol» y otras trifurcas.
Un pandero y un barcié

Por esos campos te buscas,
Un giiiro y un acordeón
Y un violín, y ¡Arriba Rumba!
Y vengan las mangulinas,
Carabinés de figuras;
El dulce «Clava pa vé»
«Compra jabón, cara sucia,»
«La barriga de mai Juana
Ya tiene tamaña punta»
Y toda esa retahila
De composiciones rústicas,
Que llevan en sus entrañas
Aromas de la herruca.
Tén a manos litargirio
Porque los danzantes sudan
Y se ponen en momentos
Que no hay Diablo que los sufra.
Si aceptas mis condiciones,
Si no te parecen muchas,
El sábado por la tarde
Manda el caballo o la mula.

NO SEAS TRUJAN

A Amiama Gómez.

En el año ochenta y seis,
Hacen treinta y cinco ahora,
En Neyba pasé unos meses
Donde llaman «Barbacoas,»
En casa de un tío paterno. [1]
Hombre de muchas historias
Como soldado que fué
Con orgullo, brillo y honra.
En las rudas epopeyas
De nuestras lides patrióticas.
Corren por esa sección
Tres fuentes que desembocan
En el lago que «Jaragua»
O de «Enriquillo» se nombra,
Conservando sus mujeres
En el color y las formas,
El tipo indio perfecto
Del tiempo de Anacaona.
Como puede suponerse
Mi existencia era monótona:
Por la mañana me iba
Al lago y entre sus ondas
Con gusto me sumergía

---

(1). José Altagracia Cabral (a) Güilla.

Por espacio de una hora,
Asustando los caimanes
Que entre las agúas retozan;
Después comer lo que hubiere
(Por esos campos no hay ostras)
Nuevo baño por la tarde
En la fuente más undosa:
Cenar con noble apetito
Y con las primeras sombras
Llamar a voces el sueño
Como una misericordia.
Visitaba en el lugar
A la morena Panchona
Y a Juana de Dios Basilio,
Dos mujeres sencillotas,
De esas almas campesinas
Infantiles, sin ponzoña,
Que son felices si juntan
Alrededor de su choza,
Un conuco, muchos hijos,
Dos o tres mudas de ropa,
Y el marido anda derecho,
Sin «fiquifuaques» con otras
Allí también conocí
Una muchacha, una Eulogia,
De color indio dorado,
Lijera como una corza,
Con tanta luz en los ojos
Y tanta gracia en las formas,
Que hubiera tenido altares
En tiempos de Grecia y Roma.
Yo la seguía con empeño
Por las veredas angostas.
Cuando iba a buscar leña
O al conuco por mazorcas;
Yo la ayudaba en la fuente
Que le quedaba más próxima.

A llenar sus calabazos,
Y no mentiría la historia
Si dijese que cargué
Algunos hasta su choza:
Y asamos juntos batatas
Y le compuse unas coplas:
Pero todo por lo fino
Con gramática y retórica,
Pues si quise alguna vez
Poner mano en su persona
Creyéndola convencida
Por mis requiebros y trovas,
—«No seas truján!»—me decía,
Y su mano poderosa
Que una piedra disparaba
Con más fuerza que una honda,
Se alzaba con intenciones
No muy tranquilizadoras,
Apaciguando mis ganas
De alborotar sus palomas.
¿Qué habrá sido con los años
De mi tocayita Eulogia?
—«No seas truján»—me decías
Y esas palabras evocan
Un mundo de sensaciones
Distintas y tiernas todas.
Contemplo el lago «Enriquillo»
Y sus riberas hermosas,
Donde el indio sollozó
En noches de penas sordas;
Recuerdo a Juana de Dios
Y a la morena Panchona,
Tan sencillas y tan puras
Bajo sus maneras toscas:
Oigo a mi tío memoriar
Sus luchas y sus victorias

Contra los negros haitianos
Y las armas españolas;
Veo tus ojos estivales
Y tus formas, esas formas,
Ante las cuales ardía
Mi sangre como una antorcha;
Tu leña, tus calabazos,
El pobre ajuar de tu choza;
Tus manos a la defensa
De tu pudor siempre prontas,
Y pienso en mi juventud,
En la lejanía una sombra.

DE ENFERMO

MATANDO EL TIEMPO

A Federico Llaverías.

I

¿El corazón? En su punto:
Cuando me siento a la puerta
Y veo pasar, turbadoras,
A las chicas buenas hembras,
Haciendo «zig zag» felinos
Con las redondas caderas.
Me da unos saltos de gozo
Como en las benditas épocas
En que piropeapa, audaz,
Blancas, mulatas y negras,
Sosteniendo abiertamente
La «veterana» creencia,
De que todas, más o menos,
Saben a dulce de almendras.
La cabeza? Ya tu ves
Como anda la cabeza:
Siempre dirán, sin lisonja,
Los escasos que me lean,
Que algún fósforo tenía
Y que los residuos quedan.
Las piernas ¡esas cobardes!
En compinche con la médula,

Son las que están temerarias
En actitud insurrecta
No hay quejas del corazón
Ni voces de la cabeza,
Que les hagan comprender
Que no se portan en regla.
¡Cuánto envidio al andarín
Aquel de la antigua Grecia,
Que fué correo de Alejandro
Cuando luchó con los persas!
Y cuánto diera, gustoso,
Por volver a tener piernas
Como aquellas que gastaba
Cuando en barrios y callejas,
Corría veloz, sin descanso
Jugando «toros con veta;»
O iba hasta San Jerónimo
Del brazo de alguna ella,
En las noches estivales
Soberanamente espléndidas,
A mirar desde el Castillo,
(Soñador de alma dilecta
Aun en medio de la prosa
De las venusinas juergas)
La luna haciendo cambiantes
Sobre las aguas inquietas.
«Mi cetro por un caballo!»
Gritó en momentos de prueba,
Derrotado y perseguido
Un Monarca de Inglaterra.
«¡Cien millones por saber
Si Ney vive, do se encuentra!»
Se le oyó a Napoleón
En una noche siniestra,
Azotado sin piedad
Por el frío de las Estepas.

¡Yo no sé lo que daría
Por rivalidar mis piernas!

II

¿Si te quiero? lo mismo que antes.
Y más, si cabe, te quiero;
Pero ya por mi desgracia,
Para el placer soy un muerto.

Cuando abro, meditabundo
El libro de mis recuerdos,
Apareces siempre tú
Como uno de los más bellos;
Pues tuvistes para mí
Una infinidad de besos,
Los más dulces y entusiastas
Que entre tus labios de fuego
En instantes de pasión
Ricamente florecieron,
Y en mis brazos palpitante,
Llena de estremecimientos,
Me hicistes gozar de glorias
Cuyo adjetivo no encuentro.

Cierro los ojos a veces
Y entre mis brazos te veo.
Como en aquellos benditos
Y siempre cortos momentos,
En que buscaba refugio
Entre tu cálido seno
Y eran tus labios ardientes
Anfora plena de besos;
Y recorro, de tu brazo,
Todos los sitios aquellos
En donde pontificamos,
Con devoto arrobamiento,
En las noches protectoras
Con sus sombras, del misterio;

Y gozo el grato perfume
De los jazmines de heno,
Que cojías en los cercados
Y prendías de tus cabellos.
Olvidarte? De los goces
Infinitos de otros tiempos,
Con mi quebranto sin tregua
Las esperanzas son sueños.
¡Los inválidos son vivos
En la penumbra del féretro!
Pero triunfas, soberana,
Entre mis dulces recuerdos,
Y mi alma se perfuma
Cuando evoco aquí, en silencio,
Tus abrazos de otros días
Y la gloria de tus besos.

III

Ya paso de los «cincuenta»
Y esto dice, en dos palabras,
Que ya voy al trote largo,
Para viejo, a Dios en gracia,
Y me alegro de no ser
Hoy un «pollo de arrancada,»
Porque no sé qué me haría
Con estas nuevas muchachas
Que saben hasta Latín,
Usan muy cortas las faldas,
Andan solas sin temor
A que el Demonio les salga,
Y se pintan, sobre todo,
Que parecen unas máscaras.
Cuando veo un pimpollito
De doce a quince alboradas,
Con unas grandes ojeras
Y retocarse con aguas

De «Liz» o de «Barcelona,»
U otras misturas cutáneas
«¡Qué desastre, Dios piadoso!»
Sin remedio se me escapa.
Y no es que al tocador
Yo le ponga mala cara;
Pero siempre sostendré
«Y de ahí nadie me saca,»
Que una niña es una flor
De misteriosa fragancia.
Y no necesita otro
Bello adorno que sus gracias.

IV

Entre poco el femenismo,
Que avanza como una ola,
Habrá conquistado el mundo;
Faldas mandarán las tropas:
En los futuros Congresos
Abundarán las cotorras.
Y hasta de «Papa» tendremos
Alguna mística en Roma.
«Triunfamos!—dirán las hembras
Ya sí que nadie nos ronca,
Y el mundo tendrá que ser.
Al capricho de nosotras!»
Por suerte para ese tiempo
Habré virado la trompa,
Pues si hoy no me seducen
Las muchachas sabihondas,
Que corrijen la Academia
Y hacen figuras retóricas,
Las futuras «Generalas,»
Con caras de tiburonas,
Hablando de «Plazas Fuertes,
Trincheras, sables y bombas,»
Y luciendo por las calles

Sus charreteras heróicas,
Más lejanas estarán
Del tipo que me acomoda,
Que son las que huelen bien
Y tienen alma de tórtolas.
Los futuros ciudadanos
Cuando lean en las historias
Que mujeres existieron
De líneas arquitectónicas
Y, sobre todo, que olían
A jeranios y a magnolias,
—«Cosas de algún loco viejo,
Que comióse un par de hostias,
Y creyó que había gozado
De un festín en Babilonia»—
Dirán, y los pobrecitos
Tendrán razones de sobra:
Les ha tocado la vida
Al lado de «Mastodontas,»
Que de fijo no olerán
Ni mucho ni poco a rosas.
¿Cómo quedará el amor
En ese mundo que asoma?
Es tan viejo que sin duda
Las nuevas legisladoras,
Tratarán de suprimirlo•
Como una función impropia.
O recortarlo de modo
Que ni él mismo se conozca.
Amor con recortes? Diablo!
Aunque parezca una broma
El tema se va prestando
A filosofías tan hondas,
Que se lo cedo a Chachí,
Para que luzca su prosa.

V

Lo dicho: vencido estoy
Por tus ojos de Sibila,
Que caminan por el mundo
Soltando, alegres, más chispas,
Que todas las que se vieron,
Según memorias antiguas,
El día del gran terremoto
Que destruyó la Atlantida.
Y esos labios, colmenar
Con la miel siempre a la vista;
Y ese cuerpo sandunguero
Y esa cintura de avispa.
Lo dicho: desde esta noche
Haré «plantón» en tu esquina.
Me verás dando paseos
Calle abajo, calle arriba,
Con una flor al ojal
Gallardamente prendida,
Y ¡ay! de los mozos mendigos
De tus graciosas sonrisas.
¿Qué con qué piernas? Muchacha,
Por Dios y María Santísima,
No me recuerdes ahora
Esas «cincuentonas» místicas,
Que me tienen condenado
A no salir de casita.
Pero con buenos deseos
Todo se arregla, mi vida;
Si yo no voy por la tuya
Ven, en cambio, por la mía.
Qué eso es feo en las muchachas?
Embuste solemne, chica,
Sobre todo desde que hay
En el mundo «feministas»
Empieza a usar tus derechos

calle abajo, calle arriba,
Paseando cerca de casa
Y haciendo «ronda» en mi esquina.

VI

Y esa eres tú? Ave María!
Como te miro tan blanca,
Creí tener por delante
Al lucerito del alba
Y no la india más «chic»
Que han dado las tierras cálidas.
Cómo te encuentro? Muy bella;
Esos «menjurjes» y aguas,
Con que ahora, diligentes,
Se retocan las muchachas,
Hacen de viejas y feas
Unos «manojos» de gracias;
Figúrate qué no harán
Contigo que eres tan guapa.
Pero si franco he de ser
Te diré, con toda el alma,
Que tu cara de a verdad
Color de canela y ámbar,
Es mejor, mucho mejor,
Que la postiza que gastas.
Yo te he visto alguna vez
De pechos a la ventana,
Antes de darte los baños
Con que te pones tan blanca,
Y la calle se cubría
De una alegría rara,
Y el mismo sol en su trono
Para verte se empinaba.
¿Qué el Astro Rey no se empina?
Se te peló, niña sabia!
No se levanta y se acuesta?

Por los Espacios no anda?
Pues el que hace esas cosas
Hasta «si le tocan baila.»

VII

Desengáñate, querido:
Cuando la hora se llega
La «Medicina» es un mito
Y nula la «humana ciencia.»
Hay que gozar y reír,
Mientras ayudan las fuerzas,
Y después, con sangre fría,
Recordar que somos leña
Destinada, sin escusa,
A convertirse en pavezas.
La vida es una «trifulca»
Desde las horas primeras,
Sometida a los disparos
De mucha artillería gruesa.
El corazón que se atrofia,
Los desgastes de la médula,
La tísis, la pulmonía,
La malaria, la influenza,
Y otras mil enfermedades
Que a los humanos asechan,
Son los fieros proyectiles
De esa batalla sin tregua.
¿Quién nó cae al golpe rudo
De alguna bala siniestra
De las tantas como tejen
La ruta de la existencia?
Así, lo mejor del caso
Mientras la hora no llega
De rendir obligatorias
Y muy detalladas cuentas,
Es gozar, sin desperdicio,
De todo lo que se encuentra.

Atrévete con el vino!
Acuérdate que las hembras
Es lo mejor como dulce
Que existe sobre la tierra.
Ve a los bailes y teatros
Y donde quiera que hay fiestas;
Si puedes alzar el vuelo
Cruza el mar, anda, navega,
Y la vista con agrado
De inteligente, p sea
Por la campiña romana,
Por los viñedos de Grecia;
Por España nuestra Madre
Altiva y caballeresca;
Por el Sena del champagne,
Por el Rhin de las leyendas;
Recorre amorosamente
Nuestras benditas Américas;
Ve a la China y a la India
Buscando impresiones nuevas;
Baña tu frente en el Nilo
Y caballero en la cresta
De la «Esfinje» milenaria,
En noble reposo sueña.
Así cuando llegue el día
Siempre, por desgracia, cerca,
De no poder con el vino
Y mirar las buenas hembras,
Con la mirada de un Diablo
Hecho «Santo por la fuerza,»
Cuando repiquen la hora
De renunciar a las fiestas
Y ser un árbol caído,
Un triste tronco de leña,
Destinado, sin escusas
A convertirse en pavezas,

Podrás todavía reír
Recordando la existencia
Con esa filosofía
De las las almas predilectas,
Que han gozado de la vida
En todas sus formas bellas.

VIII

Qué solos vejetan
Los tristes enfermos!
Los amigos, poco a poco,
Se van como despidiendo
De los tristes que caminan
Con rumbo del Cementerio,
Y antes del día inevitable
De reposar en el féretro,
Ya está uno condenado
A la inquietud y al silencio.
En esas horas sombrías
¡Cuánto amargo pensamiento!
Y como desfilan sombras
De los amigos ya muertos,
Para recargar el cuadro
Con más colores dantescos!
Entre todos me obsecionan
Acudiendo a mis recuerdos,
Aquellos infatigables
Y ruidosos compañeros
En amorosas locuras
Y báquicos trasnocheos.
¿Me aguardarán, impacientes,
Con una copa en el cielo?
Buen chasco se llevarán;
No «vocalizo» hace tiempo.
Pero yo no soy varón
A quien se lo coma el tedio,
Ni que tiemble por soñar

Alguna vez con los muertos.
Heredé. dichosamente,
De mis heróicos abuelos,
Si no el desprecio a la vida
En que culminaron ellos,
La profunda convicción
De que vivimos de préstamo
Y la muerte cobra, al fin,
El capital y los réditos,
La veo que avanza y me rio
Como si corriera el riesgo
Un enemigo mortal
Y yo no fuese el enfermo.
Y desafiando a la «Intrusa»
Me pongo y escribo versos;
Que serán malos porque
Muy pocos los hacen buenos
Y nunca estudié Retórica
Ni sé conjugar un verbo,
Pero en los cuales no danza
Como un «Arlequín,» el miedo.
Y creo que al llegar la hora
Del último vencimiento,
Diré adiós a la existencia
Firme, tranquilo, sereno;
Con un tabaco en la boca,
Sin contorsiones ni gestos;
Y con la postrera luz
Que ilumine mi cerebro,
Haré una «estrofa festiva»
Con que obsequiar a San Pedro
Y hacer reír los amigos
A quien abrace en los Cielos.

FIN DEL TOMO I.

INDICE

Páginas

A los que me lean.....III.
Dedicatorias.....V y VII.
Prólogo.....IX.

A un vivo.....17.
De Cuerpo Entero.....19.
Hombradas del tiempo Viejo.....21.
Justicia del tiempo Viejo.....25.
Recuerdos lilisianos.....29.
Lilis a ratos.....37.
Recuerdos tristes.....47.
Alante la Mangulina!.....50.
Temple Viejo.....55.
Creencias Viejas.....61.
Entre próceres.....64.
Palabra de rey.....67.
Mi abuelo paterno.....76.
De romería.....79.
De tiempos de Concho Primo.....89.
Patriótica.....105.
Venganza Campesina.....107.
Antaño y Ogaño.....113.
Silueta.....116.
Tenoretes.....119.
Esos Muchachos.....121.
El Revoleo.....123.
En broma.....127.
Historia antigua.....130.
Ni Galeno.....132.
Ocios.....133.
Mi ofrenda.....136.
Criolla.....138.
No seas truján.....143.
De enfermo.....147.

NOV 1929